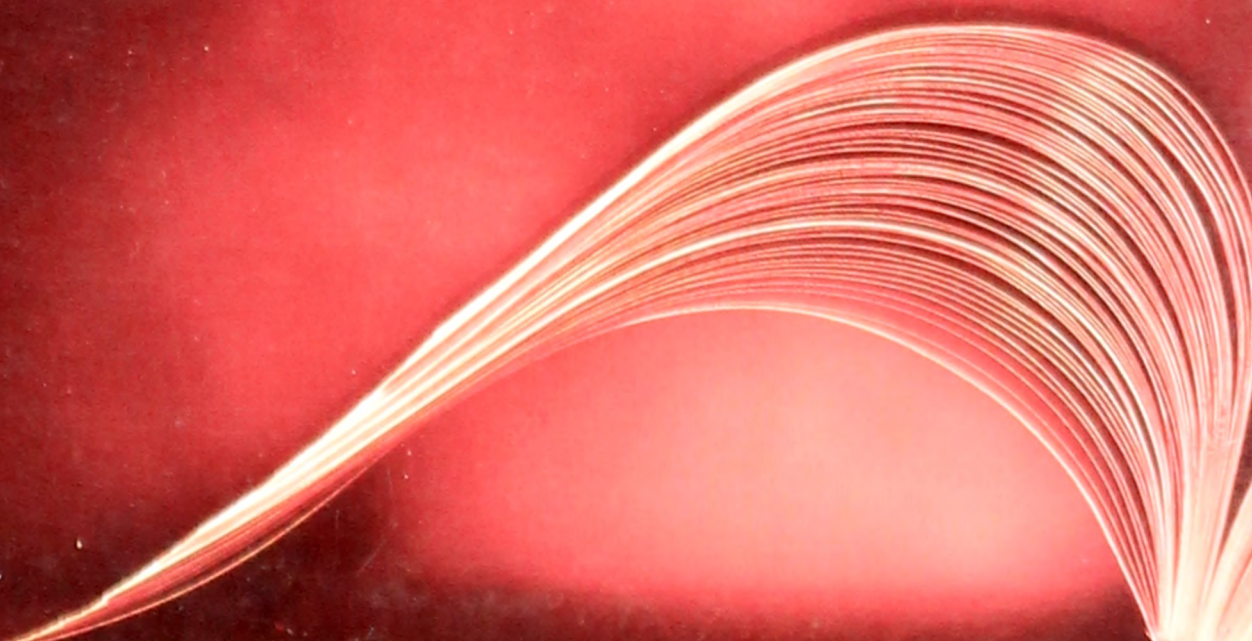




lunadepapel
ENSAYO

La lectura, tu poder secreto

**galo
guerrero**



**El día en que el lector seleccione
el libro que prefiere y no el que
le imponen, se habrá incorporado
a la vivencia de varios cultos:**

**de la libertad,
de su vocación lectora,
de la resistencia, de las
oportunidades sociales y,
sobre todo, del elogio
de la grandeza humana.**



LA LECTURA, TU PODER SECRETO



lunadepapel
ENSAYO

CAMPAÑA NACIONAL EUGENIO ESPEJO POR EL LIBRO Y LA LECTURA

Director General: Iván Egüez

La lectura, tu poder secreto. de Galo Guerrero Jiménez.

Colección Luna de Papel

ISBN-978-9978-317-36-5

© CAMPAÑA NACIONAL EUGENIO ESPEJO POR EL LIBRO Y LA LECTURA

Manuela Sáenz N34-400 y Hernández de Girón,

teléfono: (593 2) 3318862,

correo-e: camee@uió.satnet.net

Portada: Agustín Montúfar

Diseño y diagramación: Omar Salas C.

Revisión de texto: Alicia Robalino

Impresión: Editorial Ecuador

GALO GUERRERO JIMÉNEZ

LA LECTURA,
TU PODER SECRETO

Colección Luna de Papel
CAMPAÑA NACIONAL EUGENIO ESPEJO
POR EL LIBRO Y LA LECTURA

ÍNDICE

Las ventajas de saber leer	11
Leer es una pasión	13
Motivar a leer	15
Un encuentro gozoso con los libros	18
Cómo disfrutar con la lectura	21
Lectura y aprendizaje	24
El homo legens	27
«El lector no nace, se hace»	30
La lectura extrínseca	32
Clausura y sentido del texto	35
El texto es un ser vivo	38
Vida y silencio en la lectura	41
Espíritu y lectura	43
La alegría de leer	45
El proceso formativo de la lectura	47
La lectura: aprendizaje y desaprendizaje	50
Leer para ser más	52
Lectura y valores éticos	55
Lectura, arte, tensión y conflicto	57
Texto y lector	59
La lectura, relación de encuentro	61

El acto de leer	63
Lectura, escuela y literatura	65
Posibilidades de acceso a la lectura	67
Leer para vivir	70
Lectura, escritura y mediación	72
Lectura, ficción y realidad	75
Algunos tipos de lectura	78
Armadura y lectura	81
El componente creativo de la lectura	84
El propósito de la lectura	86
Ilustraciones y lectura	88
Lectura e interpretación	90
Lectura y memoria	93
Leer y sentido de reflexión	96
Magia y lectura	99
Niñez y lectura	102
Vocación lectora	104
Lectura y biblioteca	106
La lectura es un hábito pausado	109
Algunas disfunciones en la lectura	112
Disfunciones gráfico-fónicas en la lectura	115
Los errores de lectura	118
Libertad y felicidad lectoras	121

Formas e impresiones lectoras	124
Interacción y lectura	127
El buen lector	130
El lector activo	132
Lectura e imaginación	135
Leer para aprender a leer	137
Lectura y éxtasis	140
Sicoética y lectura	142
Lectura y ciencia	145
¿Cómo se lee un texto científico?	148
¿Cómo se lee un texto filosófico?	151
La lectura de libros de ciencias sociales	154
La lectura de diccionarios y enciclopedias	157
Bibliografía	160

LAS VENTAJAS DE SABER LEER

Uno de los mayores deleites del intelecto humano es la lectura. Pero aunque en teoría digamos que es el mayor deleite, la lectura sigue siendo una de las actividades menos practicadas. Es correcta la afirmación de que somos analfabetos funcionales aunque sepamos leer y escribir. Se cree que por lo menos el 80% de la gente que «sabe leer y escribir» casi nunca lee. Hay gente que cuando toma un periódico apenas lee el horóscopo, la crónica roja o la página deportiva.

La actividad productiva del espíritu a través de la lectura es quizá una de las herramientas más extraordinarias para potenciar nuestro trabajo intelectual y de bienestar humano ¡Cómo se enriquece nuestra vida con lecturas sabrosas, amenas, divertidas, serias y profundamente analíticas!

Desde luego que, como en toda actividad humana, si no nos llenamos de ilusión, de ideales, de objetivos claros para una convivencia sana, no resulta fácil llegar a adquirir el hábito para leer. Como dice la pedagoga española y especialista en literatura infantil, Carmen Lomas Pastor, es necesario adquirir un entusiasmo contagioso en el amor por la lectura; entusiasmo que, en primera instancia, sólo los padres de familia y los educadores pueden impregnar en los niños y jóvenes mediante la selección adecuada de lecturas que sean atractivas, que llamen

la atención y el interés, con temas, lenguaje y estilo adecuados a la edad de estos noveles lectores.

Si los padres de familia y educadores lograron despertar en los niños y jóvenes el deseo y el gozo de leer, se puede, con toda seguridad, esperar mucho de ellos; por ejemplo, que aprendan a tener una excelente competencia comunicativa; y que a la par que leen para instruirse, estén aprendiendo a formarse para adquirir un pensamiento crítico. La reflexión, el análisis riguroso, la concentración, la recreación, el gozo y el placer estético, los llevarán a entretenerse y a distraerse hasta llegar, como lo señala Pedro Salinas, a «leer por leer, por puro gusto de leer, por amor invencible al libro, por ganas de estarse con él horas y horas, lo mismo que se quedaría con su amada.»

Si el lector adquiere el hábito de leer, la lectura será una actividad elegida libremente; y, justamente, por ser libre, le posibilitará la capacidad de pensar, de mejorar el lenguaje, de interrelacionarse y enriquecer las relaciones personales, de aumentar su bagaje cultural, de expresar sus puntos de vista con espíritu crítico.

La lectura, en definitiva, cambia y enriquece el sentido de nuestra vida. Claro, siendo un medio de entretenimiento y distracción, nos impulsa a satisfacer la curiosidad intelectual y científica, nos despierta aficiones e intereses, nos halaga en el esfuerzo y voluntad personales en virtud de la participación activa y dinámica que el acto de leer provoca.

Asimismo, la capacidad de atención, de concentración y de observación le son inherentes al buen lector. Y si, nuestras lecturas favoritas son dentro del ámbito del arte literario, es decir de la buena literatura de ficción, su lectura nos potenciará la recreación de la fantasía y el desarrollo de la creatividad, tan venidos a menos en una sociedad que, urgentemente, necesita de mucha creatividad para que aprenda a ser productiva en los diferentes campos del conocimiento humano.

LEER ES UNA PASIÓN

Aunque parezca exagerado, si cambiásemos las horas de televisión por horas de lectura, ¡cómo nos vendría bien a todos! Las lecturas, bien elegidas, favorecen el desarrollo de las virtudes. Claro, cuántas cosas buenas puede usted descubrir, modelos para imitar; ideas sesudas, profundas, vivientes que nos promueven para ver la vida de otra manera. Lea, lea y lea y creará su propio espíritu de grandeza y de modestia, de análisis y de reflexión, de actividades libres pero también de compromiso.

La lectura nos afina y nos refina el espíritu estético y nos educa la sensibilidad, el carácter y la afectividad.

Toda la riqueza interior que de por sí le es inherente al ser humano, se engrandece a la luz de las buenas lecturas.

El espíritu lector no sólo le compete a la cabeza, al intelecto en sí: la persona entera se ve envuelta en un emporio de entusiasmo y de deleite que hace que toda su estructura vibre de emoción ante tamaña actividad. Pues, cuando la lectura se vuelve una actividad deseada, no impuesta, voluntariamente elegida, entonces sí, el lector tendrá la certeza y la disposición anímica para gozar y sufrir, para pensar con rigor y discernir,

para enriquecerse y transformarse, para nacer de nuevo pero también para hacerse actuando y amando con mayor facilidad que si lo hiciere desde la orfandad lectora.

Desde luego que la pasión por la lectura no nace sola, no nos viene como por arte de magia, no nos cae del cielo. Es necesario, al inicio, poner todo nuestro esfuerzo humano hasta adquirir este precioso comportamiento lector. Es cierto que en un ambiente familiar o educativo nocivo no se hacen buenos lectores. Tampoco se logra buenos lectores a través de la imposición. ¿Cuál es la receta, entonces? No la sé exactamente. Sólo sé que hay que proponernos contagiar esta pasión, inculcarla diaria, asidua y pacientemente pero sin poses intelectuales de vanidad. La sugerencia de los buenos libros que sí los hay en las bibliotecas o a través de préstamos entre amigos, cuando no hay dinero para comprarlos continuamente, hacen posible tener el libro en nuestras manos.

En clase o en el hogar, el contagio lector a los niños y jóvenes, se lo puede lograr leyéndoles pasajes selectos o contándoles la historia del libro seleccionado, pero con entusiasmo, con deleite, con fervor, para que descubran toda la riqueza valorativa que encierra el texto; y, ante todo, que logren experimentar el goce lector que el profesor o padre de familia siente al transmitirles su lectura.

Algún día, en algún momento de gracia, se habrá logrado que una alma adolescente, joven o adulta quizá, haya penetrado en el cielo de la lectura, no en la de obligación ni en la meramente fonética, sino en aquella en la que sienta que realmente vive y que ha pasado a ser parte de su existencia vital.

MOTIVAR A LEER

*E*n una sociedad que no lee, la tarea no radica en obligar sino en motivar a leer. Ninguna tarea obligada implica un acto de reflexión. Y el acto de leer exige reflexión, gozo pleno, interrogación, soledad para poder degustar con una mirada interior, contemplativa y de profunda interiorización toda la riqueza que el texto nos ofrece.

El libro no sólo debe formar parte de la educación escolarizada sino también de la familia. En la familia el libro se hace uno más en actitud de nexos y de gozo. Así como para la familia y los amigos uno tiene un sitio de preferencia y de afecto, en la misma medida debe haber esa preferencia y ese afecto para el libro. En la familia se habla de todo, pero menos de libros. ¿Por qué no incorporar el tema de los libros en la conversación de la familia? La familia debe estar preparada, educada para recibir a este nuevo miembro, que si se lo interroga, hablará bien y mucho.

Para comer, para dormir, para ir al baño tenemos en la casa un lugar específico; de igual manera debe haber un espacio adecuado para leer. Si los padres no valoran la lectura, difícilmente los hijos lo harán, con mayor razón si sabemos la deficiencia que hay en la educación escolarizada para la animación a la lectura.

Insistimos, debe haber un sitio de preferencia en la vida de familia para el libro. Pero este espacio debe ser habitual y asumido de manera natural. No se puede obligar a leer, a decir, por ejemplo: ahí están los libros, léelos. No hay mejor ejemplo de animación a la lectura que la que nuestros hijos nos vean leer. La presencia del libro en la casa debe ser viviente, de uso común.

Que cuando haya que regalar algo, el regalo habitual sea un buen libro; que debemos despertar en los niños y jóvenes el interés y cuidado por el libro, son aspectos que ningún padre y madre de familia deben descuidar. Y qué mejor, así como uno va con su familia a un determinado lugar para divertirse, debería también acudir con los hijos a una librería, a una biblioteca, a una feria. En fin, hay tantos detalles de la familia, del educador para con el libro y los noveles lectores que, aunque parezcan intrascendentes, ayudan mucho para un proceso de formación en la lectura.

De ahí que, dentro de este ámbito de formación y motivación a leer desde la familia, no se puede permitir que se imponga sin más ni más las lecturas, peor tomar la lectura como castigo. De nada sirve también que se esté recordando a cada instante lo bueno que es leer cuando ni los educadores ni la familia lo hacen. A veces se trata de motivar a fuerza de insistir en que debe leerse para no sacarse malas notas, en que es necesario leer para no quedarse como un mediocre, etc. etc., de «consejos» que no favorecen la motivación lectora. Como se dice comúnmente, el remedio a veces resulta peor que la enfermedad. Por ejemplo, a veces por querer hacer mejor las cosas, se le dice al niño que apague la televisión para que vaya a leer. En este caso, al igual que los anteriores, la lectura aparecerá ante la mente del niño o del joven como algo impuesto y no gratificante; así, pues, no se motiva a leer. Asimismo, si ya el niño y el joven comenzó a leer un libro y no lo terminó, no se

puede exigir que lo terminen; como tampoco se puede exigir que lean los libros clásicos, por excelentes que sean, porque mucho dependerá de la madurez lectora que en ellos haya para valorar un libro.

En igual medida, si se piensa que estamos animando a leer por el hecho de mandarles una tarea académica, también nos habremos equivocado. Con las tareas se impone y hasta se aprende, pero no se anima a leer. Mucha gente piensa que leer para hacer un trabajo o manifestar una opinión por escrito es la mejor manera de acercar al niño y al joven al libro.

Como vemos, las sugerencias que a veces hacemos para ganar lectores, no son las más oportunas. Lo que sí es cierto es de que hay un libro y un momento adecuados para un lector que, inducido y animado por alguien –padre-madre-educador-, emprende en un acto de lectura voluntaria.

UN ENCUENTRO GOZOSO CON LOS LIBROS

Si el encuentro con el libro no es de gozo, no se debe leer. Y de hecho, si la animación a leer no es voluntaria, no hay lectura. Que debe haber un mediador entre el niño y/o el joven y el libro, es verdad, porque el mediador u orientador nos enseña a descubrir el valor de la lectura.

Insistimos en la trascendencia que para el lector principiante tiene la familia y el educador como auténticos mediadores. Si decimos que el encuentro con el libro debe ser de gozo y no de aburrimiento o de imposición, entonces debe crearse un ambiente festivo en torno al libro. La preparación de este ambiente demanda de conocimiento, de tiempo y de habilidad por parte del mediador. Al futuro lector debe preparársele el camino, así como los amantes preparan el suyo para el encuentro pleno y de gozo mutuo. Los expertos sostienen que antes de que el niño sepa leer fonéticamente, ya debe haber un interés lector a favor de él.

Por ejemplo, de 1 a 3 años ya debe haber una aproximación con el libro a partir de la palabra oral que el padre y la madre le harán llegar al niño con la magia de las palabras que a través de poesías sencillas, cuentos de hadas y muy breves, con

historias rimadas, tradiciones orales, y sobre todo de hechos cotidianos y cercanos a la experiencia del niño, le pueden favorecer para esta aproximación lectora. La voz familiar, en este caso, siempre será portadora de estados anímicos afectivos, de seguridad y de placer. Incluso, el encuentro con libros llenos de imágenes con dibujos grandes y claros o, lo que es mejor, el encuentro con libros de plástico de fácil manipulación lo llevarán a identificarse ya con el libro en actitud de gozo y de interés lúdico.

De 4 a 6 años los niños tienen ya preferencia por los libros de cuentos sencillos, breves y con ilustraciones abundantes y textos cortos y de estructura lineal. Asimismo, los argumentos y el vocabulario deben ser fáciles de entender y siempre con un final feliz. Estos libros son de hadas, de historias cotidianas, de ambiente familiar y de animales que poseen sentimientos y comportamientos humanos. La naturaleza misma: ríos, árboles, montañas, la lluvia, el sol, la luna, etc., pueden ser personificados y portadores de los más nobles sentimientos humanos que el niño sabrá apreciar de buen agrado.

De 6 a 8 años, ya no es tanto la descripción sino la acción de cuentos imaginarios, fantásticos, fábulas, leyendas, mitos y tradiciones sencillas, lineales y con ilustraciones, lo que les fascinará a los niños. Los animales humanizados, la poesía sencilla y con rima, trabalenguas, cuentos disparatados y con buen humor y libros informativos y con vocabulario sencillo, son también ya motivo de su formación lectora.

De 8 a 10 años las preferencias se inclinan ya por libros de aventuras, de pandillas, de inventos fantásticos y de juegos disparatados y de humor. La poesía, la leyenda, el mito y los libros informativos sobre geografía, deportes, pueblos y experiencias científicas van cobrando dimensiones más significativas y de interés. El vocabulario del libro debe ser el de su argot infantil

y el estilo mucho más directo, con abundantes diálogos y con argumentos lineales pero de mayor complejidad con respecto a las edades anteriores.

De 10 a 12 años prefieren ya aventuras espectaculares; les encanta el misterio, la ciencia ficción, la poesía, los inventos, las biografías y el entorno de otras culturas. Los argumentos de los temas leídos son mucho más fluidos y de gran acción. Los diálogos, las descripciones breves y los personajes definidos de acuerdo a lo que en la lectura representan, aunque sin mayores profundidades psicológicas, son motivo de atracción. El humor pero no la complejidad de problemas de fondo son también un acto de gozo y de educación lectora.

CÓMO DISFRUTAR CON LA LECTURA

Toda actividad lectora debe estar adaptada a la edad y al libro, e incluso al sexo. Por ejemplo, las adolescentes de 12 a 15 años prefieren lecturas tiernas, de historias de amor, de manera especial las novelas y poemas sentimentales. En cambio, los adolescentes de la misma edad prefieren la lectura de historias fantásticas pero con una buena ambientación humana y social. A esta edad, exigen ya que los personajes tengan perfiles bien definidos y en torno a problemas actuales familiares, sociales, de la ciencia y del mundo del trabajo en general. El misterio, el suspense, la acción, la ciencia-ficción y las novelas psicológicas, el buen humor y los personajes protagónicos de acuerdo con su edad, es lo que más deleita a los adolescentes.

Sin embargo, aunque se puntualicen edades y preferencias lectoras, ¿cómo lograr que los niños y los jóvenes lean —cuándo ni los adultos lo hacen—, sin necesidad de que se sientan presionados a tomar como una carga o molestia lo que deben leer? Al respecto, los expertos aconsejan algunas actividades que pueden llevar al gozo pleno y a la motivación lectora:

A los pequeños de tres a cinco años se les puede pedir que observen las ilustraciones del libro y que cuenten lo que están

haciendo los personajes. También se les puede pedir que cuenten la lectura que acaban de escuchar.

Los niños de hasta ocho años pueden aprender alguna poesía, adivinanza, acertijo, dicho, copla y trabalenguas acordes con su edad. Se les puede insinuar para que una vez que lean, dibujen al personaje que más les haya agradado. Se les puede preguntar con cuál personaje les gustaría quedarse y por qué. Para mejorar la atención se les puede introducir frases falsas a la lectura para que descubran lo que no corresponde. Se puede también preguntarles qué le pasaría a la historia si se añade o se quita un personaje. Esto permite recrear el vuelo de su imaginación, tan rico en los niños de esta edad.

Con niños de hasta diez años se puede ya practicar el nivel semántico de la lectura, preguntándoles qué quiere decir tal o cual palabra para que la busquen en el diccionario y hacer luego frases divertidas con esas palabras. También se puede fortalecer la memoria espacial si les preguntamos dónde sucedió tal cosa o dónde estaba tal personaje cuando hacía tal cosa. Esta edad es propicia también para la creación de versos con rimas sencillas. La lectura en voz alta alternada entre el niño y el adulto, en donde cada cual vigile las equivocaciones del otro, es una actividad muy enriquecedora, sobre todo para educar el tono, el timbre y la buena pronunciación.

Con niños de hasta doce años, y cuando el libro les ha entusiasmado profundamente, se les puede pedir que le escriban imaginariamente al autor especificando sus puntos de vista sobre el libro. Asimismo, según el autor haya descrito a los personajes, los niños pueden pasar momentos muy divertidos poniéndoles apodos a los personajes más sobresalientes. Se puede solicitarles, asimismo, que hagan una campaña publicitaria del libro; es decir, motivarles para que piensen qué argumentos tendrían que inventarse para promocionar la venta y la

lectura del libro. Pueden, a su vez, dibujar o pintar la historia, reinventar el título del libro, rehacer la portada, cambiar el final de la historia o relato por otro inventado por ellos.

Con niños y jóvenes de hasta catorce años es posible ya entrar en el análisis de los personajes o establecer una conversación más abierta en torno al libro leído. A estas alturas se puede ya fomentar el pensamiento crítico y con rigor, invitándoles, por ejemplo, a que opinen sobre la tesis que defiende el autor del libro, a que expresen cuáles son sus emociones y sentimientos al respecto.

Y recuerde, cuando la familia y el educador se han comprometido con la lectura, nunca se puede forzar a leer si no se han buscado las estrategias para la animación lectora.

LECTURA Y APRENDIZAJE

*E*s indiscutible que la lectura se convierte en una de las funciones más elevadas del cerebro humano y, por lo mismo, en una de las más importantes de la vida, en virtud de que casi todo lo que se aprende tiene su punto de partida en las habilidades que cada persona tiene para leer.

Cuando a más temprana edad el niño aprende a leer, mucho más efectiva será su capacidad para adaptarse e interpretar el mundo que le rodea. Hay que desterrar la idea errónea de que si más temprano el niño aprende, más rápido se cansa, y que por eso luego no le gusta la escuela o el colegio.

Los neurólogos y fisioterapeutas especializados en el desarrollo cerebral infantil sostienen que en un ambiente sano y de educación prolija, los niños ya pueden leer palabras cuando tienen un año; cuando tienen dos, pueden leer frases, y a los tres años ya pueden leer libros infantiles completos. Claro que en su primer año de vida todavía no conocen el abecedario pero aprenden a reconocer las palabras. Se cree que no sólo la vista sino el oído aprende a interpretar las palabras, en la medida en que sólo el cerebro humano puede hacerlo. Tan admirablemente está diseñado el cerebro humano que hasta

un niño con lesión cerebral severa puede aprender a leer, y a veces hasta mejor que en las condiciones en que aprende un niño normal.

Una vez más es necesario insistir en la valoración y motivación que debe imprimirse en la formación del niño para fomentar en ellos el amor por aprender. Con mayor razón si partimos de la certeza de que el niño pequeño tiene un vivo deseo y afán ilimitado por aprender. Y este afán por aprender se incrementa en la medida en que los mayores (padres y madres de familia y, sobre todo, educadores) tengamos la entereza para levantar tantas y tantas restricciones físicas que a los niños les hemos impuesto, pensando que con ello logramos una mejor formación.

Si hoy la ciencia afirma que el niño no sólo aprende justo después de nacer, sino desde el mismo vientre de su madre, y que cuando tiene ocho años el proceso de crecimiento de su cerebro está ya completo, es necesario, entonces, confirmar que su formación debe ser la más prolija en esta etapa de su crecimiento. Por eso, a los seis años habrá aprendido ya prácticamente toda la formación básica sobre su familia y sobre sí mismo. ¿Y por qué aprende tan fácilmente si aún no tiene experiencia?, se preguntarán muchos. Sencillamente porque su curiosidad no descansa y porque aún no se ha llenado de la cantidad de prejuicios que los mayores tenemos para aprender. La actividad lúdica, es decir el juego, es otra enorme ventaja que el niño tiene para aprender. De ahí que, Glenn Doman asegura que «el proceso de aprendizaje debería ser prioritariamente divertido, ya que es el más fabuloso juego de la vida.»

Si de hecho el niño aprende a través del juego, debe tener oportunidades casi ilimitadas de movimiento para la exploración física y la experimentación. Es en medio de esta insaciable movilidad, curiosidad y de juego cuando se estampa el componente del conocimiento y de su sello intelectual. Pensemos que

todo este aparente entretenimiento está orientado a aprender. De ahí que es éste el período de su vida, y no otro, el indicado para que aprenda a leer de forma natural y sencilla. La lectura en esta etapa, por lo tanto, es una necesidad vital.

EL HOMO LEGENS

*E*l *homo legens* hace referencia al hombre que lee. Se trata de una frase que dice mucho, según el estudioso Bolívar Echeverría, filósofo y ensayista ecuatoriano que presentó una ponencia sobre el papel de la lectura con el tema «Leer, pese a todo», en el Primer Congreso Internacional del Libro y la Lectura celebrado en Quito desde el 14 al 17 de abril de 2003. Para este intelectual no necesariamente todo el que lee es un *homo legens*. Para serlo se necesita estar loco por la lectura, como el Quijote. Es decir, la vida entera del ser humano debe estar afectada por la lectura. Si uno no es otro leyendo, no es nadie.

El *homo legens* no se hace en la escuela. Se forma, debe formarse antes de entrar en ella. La misma televisión que siempre es satanizada favorece la lectura de los infantes: viendo los anuncios de la televisión cuando muestran palabras grandes y claras y escuchando, los niños inconscientemente están aprendiendo a leer. Y qué impresionante vocabulario de la lectura adquieren con sólo leerles en voz alta.

En un ambiente favorable, el *homo legens* empieza en la cuna. Cuando más temprana sea la lectura, se marcará en el

niño una gran influencia intelectual y afectiva en el rendimiento futuro de su vida.

Cuánta gente que dice leer no es propiamente un *homo legens* porque la habilidad lectora no existe. Si en una lectura más o menos densa no se aprende a crecer, a crear, a descubrir y a discutir, se es un analfabeto funcional, es decir, un *homo no legens*. A decir de Álvaro Agudelo «el texto tiene una especie de corriente, de luz, de sombras, de coloridos, de senderos, de espacios y laberintos secretos, que es imposible recorrer sin unas estrategias especiales.»

Todo escrito parte necesariamente de un buen manejo del lenguaje, y por simple que el escrito sea, siempre es portador de un significado que puede moverse en el plano de la denotación o de la connotación. Hay textos que dicen lo que textualmente aparece en el escrito; sus componentes son directos y por ende no pueden sufrir ninguna distorsión o alteración; su sentido es por lo tanto denotativo. En cambio, hay textos que sugieren, que van más allá de lo escrito. El lector debe aprender a descubrir el sentido que se oculta detrás de las palabras; este es el plano de la connotación. En ambos casos el texto siempre dialoga con el lector, diálogo que no será fructífero si el lector no tiene un conocimiento del contexto cultural, histórico e ideológico del momento en que se produce el texto y del momento en que se lo lee. Incluso, como sostiene Agudelo: «El hecho de que un texto se ofrezca en el plano de la connotación no da derecho al lector a tomarlo y rehacerlo con el criterio de subjetividad» que puede ocurrírsele al lector no lector, por así decirlo.

En este orden, y según el criterio de Bolívar Echeverría, hay todo un largo proceso de formación para llegar a ser *homo legens*, indistintamente de si se es varón o mujer. De ahí que, la tesis de Glenn Doman es evidente: los niños deberían aprender

a leer en casa de la misma manera que aprenden a escuchar en casa. Y si, como sostiene este estudioso, la lectura, o el lenguaje escrito, antes que una asignatura es una formación cerebral exactamente igual que lo es el lenguaje hablado.

En conclusión, si la lectura es una función cerebral, se aprende a ser *homo legens* desde que se nace, si la familia, por supuesto, así lo decide y contribuye para ello.

«EL LECTOR NO NACE, SE HACE»

*L*a lectura es el acto más solidario que pueda haber por la correspondencia que se da entre el lector y el texto. Se trata de una correspondencia activa: tanto el talento del escritor como el del lector se ponen en juego para brindar y recibir lo más granado de ese acto personalísimo que implica escribir (para el autor) y leer (para el lector).

Y tan solidario es el acto de leer porque nos prepara para escuchar al otro, a su autor, el cual, a través del texto, está listo para que lo rebatan si es preciso, puesto que la lectura al ser un acto de unión libre entre el texto y quien lee, se supone que el lector asume también el papel de creador, de recreador, de cuestionador, de pensador. No puede haber lectores que se contenten así, sin más, con la simple apariencia física del texto.

Y aunque aparentemente la lectura quizá no subsane nada, sin embargo, constituye una campaña de valores y nos capacita para entender mejor la vida. Como sostiene Iván Égüez en sus «Diezvagaciones acerca de la lectura», la lectura «está en el campo de la superación personal, aumenta la confianza en uno mismo. Ayuda a no ver las cosas en blanco y negro, a no ser tajante sino embrionario, a oír al otro.»

Todo hecho de ciencia, de humanismo, de técnica, y en fin, todo adelanto y descubrimiento que hoy vemos y que se traduce en beneficio para el hombre, ha requerido y requerirá siempre de sendas lecturas, de lecturas activas y profundas, las cuales, siendo tan personales se convierten en un proceso social por todas las reacciones, esperanzas y compromisos que el acto de leer produce en cada buen lector.

Y el compromiso social y de solidaridad es mejor en la medida en que el libro antes que generarnos respuestas puntuales nos siembra dudas, y cuanto más profundas, mejor. Y si bien es cierto que no todo cuanto se lee queda en el lector, qué gratas que son las diversas sensaciones y los recuerdos memorables que, como un tálamo, quedan en cada lector.

Y si bien es cierto que la lectura es, debe ser, un placer tan personal e íntimo, no cabe duda de que esos momentos agradables van acompañados de una clara diferenciación para comprender, por ejemplo que, cuando se lee un texto, se está leyendo el mundo; pues, en el texto se manifiesta la vida y sus lenguajes y un incesante intercambio de sentidos si se trata de un texto de arte, de literatura, especialmente; reflexión, discusión y discernimiento, si se trata de un texto filosófico; creencia y comunicación, si se trata de un texto místico-teológico; descubrimiento, definición, rigor, simbolización, invención, creación, pero en cuanto sinónimo de ordenamiento, si se trata de un texto científico; denotación y literalidad, si se trata de un texto técnico.

Placer, diferenciación, compenetración y esfuerzo llevan al lector a que día tras día se haga. Su comportamiento lector no dependerá, por lo tanto, del simple hecho de haber nacido y aprendido el alfabeto, sino de ese esfuerzo constante para formarse como lector, como cualquier ser humano, que si quiere aprender una profesión u oficio, tiene que aprender a formarse, a hacerse en el día tras día de la vida.

LA LECTURA EXTRÍNSECA

*E*l lector atento goza con la lectura de un buen libro. Sin embargo, hay lecturas que por su complejidad o porque el lector no es experto en el tema, necesita leer ese texto a la luz de otros textos. El lector, en este caso, requiere de una ayuda externa para una plena comprensión del texto.

Por ejemplo, acudir a un texto que guarde estrecha relación con aquel que se está leyendo, resulta muy útil. En algunos casos no es fácil leer cualquier texto que caiga en nuestras manos. Si se trata de un texto moderno, bien vale la pena acudir a uno más antiguo que en el mismo orden nos dé luces sobre el texto actual. Por sentido común, y hasta como regla básica, por ejemplo, si se está leyendo una historia de la literatura del siglo XX, debe, necesariamente, acudirse a la historia literaria anterior a ese siglo; sólo así la literatura del siglo XX resultará mucho más inteligible. Este orden de lectura, de lo más antiguo a lo más moderno, por citar un caso, es tan pertinente dado que, por lo regular, los escritores de épocas anteriores ejercen cierta influencia sobre los de épocas posteriores que en ese orden les sigan.

Otro tipo de lectura extrínseca, cuando no se ha entendido el texto, o cuando quedan dudas, o cuando no se está satisfecho

con lo que se lee, o simplemente por el gusto de querer aprender o indagar más, consiste en acudir a los comentarios y críticas eruditos que realizan los especialistas acerca de la temática que se está leyendo. Sólo que, en estos casos, es aconsejable leer primero el texto que interesa y luego acudir a la lectura extrínseca. Sólo se a los prólogos e introducciones cuando se trata de una lectura intrínseca. Pero, si de lo que se trata es de resolver preguntas e inquietudes o aspectos que no se entienden, por lógica, primero se debe leer el texto, por difícil que nos resulte, y luego sí, presto debe acudirse a la lectura complementaria.

Los resúmenes constituyen también una gran cantidad de lectura extrínseca, sólo válida, asimismo, cuando se ha leído el libro original íntegro. En este orden, el resumen nos ayuda a refrescar la memoria respecto al contenido de ese texto. En este caso es aconsejable que el mismo lector elabore el resumen del libro leído; aunque no deja de ser una ayuda valiosa leer el resumen que otro autor haya hecho. Un resumen jamás puede sustituir a la lectura de un libro; sin embargo, este mal se ha generalizado en la mayoría de los profesores de todos los niveles educativos: por eso en educación tenemos resultados tan deplorables con profesores que casi nunca han acudido a las fuentes primigenias para nutrirse intelectualmente.

Otro tipo de lectura extrínseca la constituyen los libros de consulta, los diccionarios y las enciclopedias. En el caso de los libros de consulta, éstos no nos sirven si no sabemos a qué clase de preguntas nos pueden responder. El lector debe saber qué desea saber de ese libro de consulta, en qué libro encontrar lo que busca, cómo encontrar lo que busca y si, en general, esos libros o autores gozan de prestigio científico y/o académico intelectual como para acudir a ellos. Y si uno desconoce totalmente el libro de consulta al que se pretende acudir, debe primero enterarse de los consejos del editor para poder adentrarse en sus páginas.

Por consiguiente, si el lector no tiene un conocimiento general de los tipos principales de libros de consulta, no sabrá dónde averiguar lo que desea saber, ni cómo está organizada la información, ni qué tipo de libros de consulta le ofrecen las respuestas más adecuadas. Pues, su desconocimiento lo llevará a perderse en un mar de incertidumbres, de pérdida de tiempo y de malos momentos; o, lo que es peor, el haber obtenido información que no es la más pertinente para sus intereses, es decir, para la plena satisfacción de sus inquietudes intelectuales.

CLAUSURA Y SENTIDO DEL TEXTO

Todo texto, y de manera especial el de las ciencias socio-religioso-humanísticas, dice más de lo que ya dice. El texto no es un depósito cerrado, siempre exige una relectura fecunda.

El texto no se presta para una lectura plana, es decir literal. Por más que el texto nos lleve a una dirección precisa, el lector siempre tiene «un algo», un aporte personal que abre el sentido para decirnos más de lo que a simple vista podríamos detectar. Como receptor-actor, el lector ejerce un proceso de asimilación que desde el texto mismo exige una interpretación de conformidad con el código lingüístico que el emisor-actor haya elegido en la estructura del texto.

Vale decir que la clausura del texto no está en el lector sino en el autor. Y cuanto más riqueza semántica tenga el texto, más alejado queda el autor, tanto del texto como de la mente del lector. Es decir, concluido el texto por parte de su autor, el texto está clausurado, y por ende su autor está «muerto», puesto que ya no interviene más en él, sino el lector, que es el que lo saca de la clausura; es decir, el lector es el que revive al texto, pero ya no a su autor, porque éste está alejado. Un texto,

por lo tanto, tiene significación más por lo que en él se dice, que por quien lo dice.

En este orden, clausurar un texto desde el lector implica perder toda la riqueza que él tiene. Como dice José Severino Croatto en su *Hermenéutica bíblica*: «Todo texto queda abierto a muchas lecturas, ninguna de las cuales es repetición de la otra»; y esta razón se da sencillamente porque toda lectura es portadora de un discurso, y por lo tanto de un sentido; pero no de un solo sentido, dado que el texto siempre es susceptible de decir muchas cosas a la vez; es decir, el lector se mueve en una pluralidad de lecturas no tanto porque el texto sea ambiguo sino porque su contenido es la producción de un determinado discurso a partir de ese texto.

Para comprender mejor nuestra tesis, la producción del discurso que el texto genera, no es otro que ese mundo de sentidos que de por sí el texto tiene, por pobre que éste sea, o por pobre que sea la actitud lectora del receptor. La clausura del texto por el autor, en cuanto él lo presenta como acabado, es justamente lo que genera ese mundo de sentidos que no son otra cosa que la potencialidad de su polisemia que lo «abre hacia delante», como dice Severino Croatto, dada su condición implícita de estructuración lingüística que el texto tiene. Estos códigos lingüísticos son los que generan nuevas lecturas o la producción de sentidos que promueven interpretaciones en cadena, siempre de manera ascendente y nunca repetitiva.

No existe, entonces, una sola lectura. El lector no puede clausurar el sentido del texto porque es una actitud muy empobrecedora. Hay que recordar que uno no lee al autor sino al texto, el cual es producto de una cosmovisión llamada acontecimiento. La palabra escrita del texto surge, por lo tanto, del acontecimiento, que es el que produce un sentido, en virtud de que el acontecimiento es interpretado por el lector

desde su propio mundo de experiencias; lo cual, de alguna manera, genera una cierta recreación que no permite detener la interpretación.

Desde esta óptica, una buena lectura siempre tendrá una fecundidad insospechada, motivada por la captación de las grandes líneas de sentido que, a partir justamente de la clausura del texto por parte del autor, el lector puede potenciar.

EL TEXTO ES UN SER VIVO

La lectura es una habilidad cognitiva que no exige aparentemente mayor esfuerzo si se la ha incorporado como un placer personal.

Cognición, arte, individualidad y colectividad son realidades lectoras que hacen posible que el texto pase a ser un ser vivo. El texto en manos del lector le brindará –dependiendo del tipo de texto- sabiduría, comprensión, reflexión, emoción, análisis, regocijo, imaginación, ensoñación y sentimientos inesperados que muchas veces llevan al lector a lo inaudito. En fin, se lee por tantas y tantas razones que a veces lo único que le basta al lector es saborear la belleza del lenguaje. Roland Barthes nos dice que leer es mordisquear, Nietzsche habla de digerir y José Morais de una lectura para soñar y para aprender a soñar.

Ahora bien, por más que se conciba a la lectura como un placer personal, no deja de ser un hecho social, a decir de José Morais, puesto que cuando se lee, de alguna manera se comparte: el hecho personal se vuelve público. La lectura, aunque sea sólo como placer, es un medio para adquirir información, por lo tanto forma parte de un acto social.

Y como no todas las individualidades lectoras son las mismas, porque no todos leemos de la misma manera, entonces estamos frente a un hecho social. El texto arrinconado, puesto en un lugar determinado de la casa, está como al acecho, esperando que el lector lo tome para que con sus manos, con el cerebro y con el corazón se encargue de «resucitarlo», de sacarlo del abandono y hasta del empolvamiento. Basta con toparlo y éste empieza a recobrar la vida. De objeto inerte pasa a tener vida en abundancia. Y lo bueno es que tiene diferentes tipos de vida porque se manifiesta de conformidad con las condiciones lectoras de su «resucitador».

En manos del lector el texto –ya vivo– se hace querer o rechazar, se puede sentir su atracción a medias o por completo. Para José Morais, en su artículo «El desafío de la lectura», tiene al respecto una interesante reflexión: «Hay lecturas respetuosas, analíticas, lecturas para oír las palabras y las frases, lecturas para reescribir, imaginar, soñar, lecturas narcisistas en las que uno se busca, lecturas mágicas en las que se materializan seres y sentimientos inesperados que saltan ante nuestros ojos», frente a un texto que, en apariencia inútil que sea, tiene toda una calidad de vida por delante, con mayor razón si el lector es un «brillante actor». Por la misma naturaleza de ente vivo que es el texto, no puede haber lectura meramente receptiva: el lector es actor o simplemente no es lector. El texto siempre llama la atención al lector, el cual debe ponerse «las pilas», sobre todo si descubre que el texto palpita, clama, suda, respira, interpela, anima, habla, grita, calla, asombra, canta, deleita, cuenta, informa...

Esta es la realidad del texto: objeto-vida, que penosamente, a veces, cae en manos de lectores agónicos que matan la calidad de vida del texto. Por desgracia este tipo de lectores no lectores abunda en todas partes, de manera especial en la

educación formal, aunque parezca contradictorio decirlo. Y en esta maltrecha situación está aquel que dice no leer porque no tiene libros, otro que sostiene que no tiene tiempo, otro que no lee porque no le gusta leer, y otro que aparentemente no tiene la culpa, porque nadie le enseñó a leer en el amplio sentido de la palabra. Parecería que en estos casos no hubo el mediador social adecuado para que le dé vida al texto (y al lector) que siempre estará esperándonos, como un ser querido, con los brazos y el corazón abiertos para compartir con él.

VIDA Y SILENCIO EN LA LECTURA

Cuando se lee, las palabras sólo tienen valor en la medida en que el lector deja que «estén» para que pasen a «significar», a tener sentido, dependiendo no sólo del texto sino del contexto. El discernimiento y la sensibilidad dan paso del «estar» al «significar». Si un lector carece de sensibilidad se contentará sólo con extraer los hechos del texto. Esta penosa realidad, en la que a duras penas se le presta la mínima atención al texto, ahuyenta la capacidad de aprender a extraer lo que las palabras nos sugieren, lo que en su sonido, en su forma, en su esencia y en su sentido nos están expresando continuamente.

El libro, más bien dicho la lectura, nos potencia, a la par que lo abrimos físicamente, lo abrimos mentalmente. Su llamada es una llamada silenciosa, insistente, cuestionadora, penetrante. Como sostiene George Steiner: «en cada libro hay una apuesta contra el olvido, una postura contra el silencio que sólo puede ganarse cuando el libro vuelve a abrirse». En este abrirse hay una continua manifestación de vida, de renovación mental, pues, la palabra, ventajosamente, goza de longevidad, de una larga vida que la potencia a ser más en la medida en que el lector sabe compenetrarse responsablemente al abrir y cerrar el texto para que siga viviendo.

El texto tiene vida de múltiples maneras. Aun arrinconado sigue viviendo a la espera de que algún momento, en su larga longevidad alguien lo sacuda del letargo y del olvido al que injustamente lo sometieron. En ese silencio que el libro desparrama está la esencia de su larga vida; pues, se trata de un silencio vibrante. En el mayor silencio habla y dice mucho. Su silencio es un silencio a gritos, para que en silencio, en el mayor de los silencios, el lector pueda apreciar y valorar todo el potencial de vida genuina que el lector genuino puede extraer desde el mayor de los silencios. Qué importante apreciar que desde el mejor de los silencios, desde la soledad absoluta, desde la calma pero poblada por la fortaleza y la vida de la palabra, el texto nos favorece continuamente: nos ofrece un ceremonial de *irreverencias* porque conduce al buen lector a la construcción de su propia cosmovisión.

De alguna manera, el lector le da al texto varios retoques de vida. La presencia de los lectores no siempre es la misma frente al texto. Pero este contacto de lectura plural es altamente significativo no sólo para el lector, que aprende a tener vida con el texto, sino para el texto, que también aprende a tener vida, es decir a seguir existiendo al calor y al contacto de su lector. La presencia es viva y es vida para ambos. Entre lector y texto se genera y se regenera una continua vitalidad que desde la mejor interioridad del silencio, la verdad de la palabra se dignifica por sí misma y dignifica al lector en su esencia de actor y de ente dinámico que con la lectura hace posible una relación de reciprocidad. La respuesta de vida que el texto respira desde el sopor del silencio es brillante; se trata de un acto genuino de relación vibrante que provoca la necesidad de un encuentro matrimonial: el texto y el lector, el lector y el texto mantienen un largo ceremonial de afecto, de encuentro, de creatividad y de diálogo absoluto y para siempre.

ESPÍRITU Y LECTURA

La lectura es una forma de felicidad muy especial. ¡Y cómo no va a ser así si en los libros están los mejores espíritus de la humanidad! Bernard Shaw decía que todo libro ha sido escrito por el Espíritu, haciendo alusión, posiblemente, a la idea de que todo texto va más allá de la intención de su autor; además de que, y por malo que sea un autor para escribir, pone en juego todo su mundo interior, toda su gran riqueza espiritual, su sabiduría, para sacar a flote el universo de la palabra, que a decir de Jorge Luis Borges, es una obra divina.

Claro, es tal la naturaleza interior que subyace en cada escrito para dar forma a la alegría, que contagia sin mayor esfuerzo a un buen lector, como si se tratase de la venida del Espíritu Santo para irradiar de la sabiduría que el autor desparrama a sus lectores. En verdad, cuando el lector se deja «poseer» por el Espíritu Santo, su corazón, su ser entero rebota de felicidad porque de hecho goza y aprende de ese *espíritu santo* al cual le oye la voz delegada en cada palabra escrita del autor; pues, penetra con suavidad, con armonía, con gusto en cada alma lectora, si ésta, desde luego, está dispuesta a dejarse invadir por ese espíritu del escritor que siempre será tan especial como en verdad lo es el

auténtico Espíritu Santo al cual cristianamente se hace alusión cuando de sentir la presencia de Dios en nuestras vidas se trata.

Desde luego que la felicidad lectora se posa en el lector si lee un libro que le agrada; pero ante todo, la felicidad no nace tanto en la lectura, sino en la relectura, la cual se deriva, desde luego, de la lectura. Esta relectura que es el goce más pleno, el más sublime quizá de todos los goces mundanos, se asemeja a lo que ya Borges decía: que «el libro tiene todavía cierta santidad que debemos tratar de no perder». Es decir, hay un marcado respeto por la palabra atenta, penetrante y enriquecedora que en cada relectura fluye hasta inundar al lector de una alegría sin par.

Y es tal la santidad borgiana del libro, es decir el espíritu que posee, que el lector no sólo encuentra felicidad sino sabiduría. Y lo bueno es que en cada lectura el libro y el lector cambian, tal como sucede con la santidad real que una persona posee, que en la medida en que se siente iluminada por Dios, su conducta, sus actuaciones, van mejorando y por ende su accionar es de un gozo y de una paz interior que es la que la fortalece para vivir continuamente en santidad.

Con el libro y el lector sucede lo mismo: la connotación de las palabras que el lector percibe cada vez que acude a la lectura, a la relectura, a ese aliento mágico que lo inunda cada vez que abre el libro, producen un cambio, una elevación del espíritu. Desde luego que la santidad, el espíritu, el aliento mágico, la felicidad que el libro respira en cada poro de sus páginas no es tal si el lector no abre el libro.

El libro sólo adquiere vida, es decir ese algo sagrado y divino que posee, en el momento en que las manos *mágicas* del lector se acercan para abrirlo y sentir, a través de la mente, ese espíritu acogedor que en cada línea subyace para enriquecer al lector, a la par que también se enriquece el texto en cada apertura lectora.

LA ALEGRÍA DE LEER

El escritor mexicano José Emilio Pacheco afirma categóricamente que «de quien ha adquirido desde muy temprano la alegría de leer puede tener la certeza de que nunca será completamente desdichado.» ¡Qué gran diferencia existe entre tener la alegría de leer, que leer por obligación, como una carga y a veces hasta como tortura!.

Quien lee por placer a sabiendas de que la lectura enriquece y embellece, debe comunicar su entusiasmo lector para que los demás aprendan a obtener el placer que los libros bien leídos nos brindan.

Es cierto que para llegar a obtener un placer estético lector entran en juego muchos factores. Muchísima gente no tiene las condiciones necesarias para llegar a ser buen lector, pero a pesar de todo está en él, y en nadie más, el que en algún momento llegue a descubrir y a potenciar su capacidad de apreciación en una obra de arte.

Todo libro es una obra de arte, y de manera especial los de la literatura que son los que más goce estético nos acarrearán, sobre todo porque nos conducen a un mundo diferente del mundo cotidiano que vivimos. La forma de conocimiento que la literatura tiene es diferente a la que nos puede ofrecer la ciencia. Y el goce que sentimos al leer no significa, de ningún

modo, una forma de escape de la realidad en la que estamos inmersos ni es un mero pasatiempo que el lector asume para no aburrirse de la vida, o para que el tedio no lo aniquile. Si se quiere, se podría hablar de un pasatiempo honesto que nos lleva al cultivo y desarrollo del espíritu.

Esto es lo bueno de la lectura que nos causa placer estético; se trata de un goce infinito, sublime, en el que el lector se extasia con el otro que es el libro, es decir el autor, el próximo o prójimo, que se cómo piensa, qué hace, qué propone, qué me cuenta y qué razones sostiene de manera tan bien escrita para que como lector haya podido entrar a ese mundo maravilloso del paraíso de la escritura, que sólo se convierte en alegría, en el momento de la lectura.

Si no existiese el libro en cualquiera de sus formas, no habría lectura, y por lo tanto estaríamos condenados a no saber del otro. Todo diálogo estaría anulado; la palabra estaría como muerta; yo mismo, no lector, no tendría palabras para llegar al otro. Como dice José Emilio Pacheco: «Un mundo sin lectura es un orbe en que el otro sólo puede aparecer como el enemigo.» Es decir, al no saber lo que los demás piensan, porque no hay la cultura de la palabra escrita, se percibiría a los demás como inexistentes o también como una amenaza.

Ventajosamente esto no es así, aunque haya muchísima gente que aún no conoce la lectura como placer, a veces ni siquiera como aproximación para entrar en diálogo con ese otro yo que es el autor, peor aún para que pueda apreciar que el universo entero está a su alcance.

Que nos demos cuenta que al leer no sólo le cantamos a la alegría de vivir, sino que nos regocijamos sabiendo que aprendemos a pensar mejor, porque en el momento del tiempo lector, todo ese universo del texto está a nuestro alcance, dentro de nosotros, es decir de nuestra fuente de placer espiritual que nos hace ver que, al menos por un instante, ese universo, al estar en nosotros, nos hace sentir que somos también el otro.

EL PROCESO FORMATIVO DE LA LECTURA

Vivir sin leer sabiendo leer reviste especial gravedad porque se deteriora el nivel intelectual y de desarrollo humano al que toda persona está llamada a ejercer hasta adquirir a través de valores superiores el logro de nuestras mejores expresiones de vida.

Si como seres humanos somos la única especie que tiene el privilegio de saber que podemos crecer y que tenemos que saber hacerlo bien, porque es un ideal de vida que nos sirve no sólo para vivir sino para saber vivir, es lógico pensar que no podemos darnos el lujo de malograr nuestra vida en aspectos y circunstancias que nos deterioran. La lectura, en este sentido, es un vínculo de creatividad, de encuentro, porque crea ámbitos de vida muy hondos y fecundos que nos ayudan a configurar nuestra vida de manera plena.

A través de la lectura es posible la creación de diversas formas de encuentro. La novedad de un texto está en la expresión de realidades nuevas, novedosas y originarias que nos sorprenden por la riqueza de vida creativa y de formación humana que es posible detectar y asumir también creativamente.

La lectura enamora, atrae, fascina e inspira si uno como lector crea espacios de encuentro apropiados que se convierten en fuente de luz para vivir creativamente desde lo más valioso, de

manera que cada lectura, cada párrafo, cada idea, nos otorgue un sentido pleno, es decir promocionante en cuanto transmisión de formación humana.

La lectura proporciona siempre nuevos modos de sentir. El texto no es un mero objeto: el lector sabe que en cada pasaje encontrará una vertiente de la realidad o de su realidad. Más concretamente, la lectura es un campo de iluminación; en el texto se descubren hechos, acontecimientos, significados, y sobre todo el sentido de las cosas que es el que al lector le lleva a configurar la vida humana desde diversas vertientes.

Captar la vinculación de la palabra del texto con las realidades de vida dentro de una relación de encuentro, es sacarle pleno partido a cada realidad textual. Desde una actitud de apertura el lector se pone a disposición de esa fuente de energía que el texto emite no sólo por el conocimiento, la belleza y el orden que posee, sino por la experiencia de éxtasis a la que nos trasporta, puesto que nos saca de sí para elevarnos a categorías de vida mucho más valiosas y de satisfacción personal. Claro que a través de la creación imaginadora, el lector no mira por fuera las ideas del texto; se trata de una mirada penetrante, por dentro, de manera que se pueda vivir un auténtico proceso de realización de esa realidad. No es la mera información la que penetra en el lector, sino la capacidad que éste tiene para recrear y pasar por la inteligencia y el corazón esas diversas realidades que a mediano o a largo plazo configurarán un cambio interior, porque ese buen lector tendrá un nuevo estilo para concebir el mundo y la vida.

Por lo tanto, el lector siempre albergará en su mundo interior una forma especial de organización para enriquecer su vida en la medida en que sepa crear vínculos de relación con el texto. Cuanta mayor es la relación, el alma humana vive con más intensidad por la sencilla razón de que el arte de la lectura se hace más viviente, puesto que se llega a crear no meras conmociones subjetivas sino auténticos ámbitos de vibración

humana, dado que permiten revalorizar el conocimiento, la emotividad y el sentimiento. Pues, si el lector percibe en forma nítida esta realidad, entonces sí, es cierto que la lectura promueve procesos formativos auténticamente humanos.

LA LECTURA: APRENDIZAJE Y DESAPRENDIZAJE

La lectura es un quehacer que se prepara al andar. Se trata de una decisión conscientemente asumida y profundamente anclada en el sujeto lector. Si el sujeto no está centrado y concentrado, es decir, si no hay un ambiente recreado, no hay lectura conscientemente asumida. La lectura nos permite apropiarnos del mundo desde el deseo e interés del lector que, debidamente motivado, quiere conocer y saber lo que sabe el otro; quiere reconocerse en esa otredad textual para saber lo que desde esa otredad se piensa, se siente y palpar la calidad discursiva y recreativa que es capaz de aportar.

Por lo tanto, en ese querer captar o apropiarse de lo que el otro dice, hay toda una construcción cognitivo-psico-socio-cultural que no se activa como por arte de magia en el momento exacto de la lectura, sino que se trata de un proceso que con el andar del tiempo se construye de manera singular, íntima e intrasubjetivamente hasta configurar sentidos y significados que involucran conductas de aprendizaje pero también de desaprendizaje debido a que los nuevos conocimientos generan –según el especialista argentino Alfredo Ghiso- «deseos, pensamientos, intereses, decisiones, significados, sentidos, interacciones, ambientes y bienes materiales y simbólicos» que

llevan al lector a obtener nuevos esquemas mentales que lo motivan y/o lo obligan a recontextualizar esos conocimientos y saberes adquiridos.

¡Qué agradable que es desaprender desde la lectura! Cuántas cosas, hechos, fenómenos, etc., de circunstancias y realidades que se las tiene como ciertas, resulta que, en la medida en que conscientemente me adentro en la lectura, y que paulatinamente me voy empapando de la otredad textual, comprendo que hay mucho por aprender y sobre todo por readecuar en mis esquemas mentales, no tanto para sacar y desechar un conocimiento y almacenar otro quizá más novedoso, sino para, desde la intensidad de mi sentir íntimo y desde las interacciones sociales y apropiaciones culturales personales, promover sentidos y ámbitos de realidades que desde la cognición y sentir emocional pueda reconocer con una amplia disponibilidad de apertura, lo que siempre he tenido por cierto, lo incierto, lo novedoso, lo nuevo, las recreaciones, las invenciones, etc., de nuevos caminos que la otredad textual nos proporciona, para que desde el aprendizaje-desaprendizaje esté, como lector, en condiciones de favorecer el desarrollo y aprehensión del conocimiento, de la sabiduría y de la formación humana que son los que, como un poder, nos permitirán, desde el ejercicio de una postura ética, apropiarnos del mundo.

Si la lectura contribuye significativamente al desarrollo de la memoria, de la imaginación y de la inteligencia cognitiva y creativo-emocional, por supuesto que no resulta difícil apropiarse del mundo, porque de hecho se entiende que como lector se asume un papel más activo, más humano, de compromiso y de encuentro creativo con el mundo que nos rodea, y del cual somos responsables porque es nuestro deber dejarlo mejor de lo que está.

LEER PARA SER MÁS

Sin perder nuestra esencia personal, leyendo se es de otro modo, se es mejor, se es más. Leyendo somos alguien en el mundo: podemos influir mejor en él. Cada libro, cada escrito, de una o de otra manera, se adentra en la vida del lector. Nuestro ser se transforma; pues, son cantidad de mundos y de posibilidades humanas que los libros nos regalan. Mediata o inmediatamente la realidad humana se ve afectada por la realidad de los libros.

Son tantas y tantas las ideas, unas más lúcidas que otras, que acerca de la realidad y de la imaginación impactan al lector hasta lograr enriquecerlo, igual que de enriquecido está el libro. Sobre todo los libros de la literatura en cualesquiera de sus géneros son los que más nos enseñan a ver la vida de un modo distinto, ante todo a tratar de descubrirla y cómo vivirla, o al menos cómo interpretarla, cómo enfrentarla de manera más humana.

Como sostiene Camila Henríquez Ureña: «Se leen obras literarias para adquirir de ellas cierta experiencia, para satisfacer en parte ese anhelo de algo más que sienten todos los seres humanos». Es evidente que la literatura, como ninguna otra

disciplina, está cargada de significados. Ese peculiar modo de realidad que tiene para presentarse ante el lector a través de sus personajes literarios coherentemente recreados por el escritor, nos lleva a que nos sensibilicemos, a que modifiquemos nuestra conducta, a que nos recreemos, a que nos hagamos una idea de su valor estético, de su valor cultural y de su valor ideológico. Sicológicamente y de manera íntima tenemos la gran oportunidad de dialogar con cada personaje literario, de suerte que su recuerdo y su influencia nos puedan acompañar a lo largo de la vida.

Desde luego que si no hay una adecuada lectura, ni siquiera es posible formarnos para un correcto ejercicio de la libertad. Al respecto, valga la oportuna apreciación de Pedro Laín Entralgo: «La libertad es una de las más esenciales notas constitutivas de la realidad humana; pero el efectivo ejercicio de ella requiere conquista y aprendizaje, porque sólo es libre de hecho quien ha sabido conquistar la realización del libre albedrío y ha aprendido luego a usarlo para la personal edificación de su vida.»

En este orden, y no sólo para la literatura, sino para cualquier otra disciplina, sino ha sido posible adentrarse en el mundo de la lectura a través de la conquista de un continuo aprendizaje, como dice el escritor español Laín Entralgo a propósito de la libertad, «no puede haber una auténtica edificación personal, primero para ser uno mismo, y luego para valorarme y valorar la vida».

Que dentro de este ejercicio de la libertad para la lectura seamos capaces de asentir y de discrepar, es decir, de acercarnos y de enfrentarnos a las ideas y planteamientos de su autor para, sin dejar de ser nosotros mismos, aprender a ser de otro modo, es ya una gran conquista, al menos intelectual, porque la lectura va mucho más allá.

Pues, con sólo tomar estos dos aspectos, el de asentir y el de discrepar, es posible realizarme mejor, con más holgura, con

la libertad plena de que puedo, por ejemplo, aprender a ser generoso, más solidario y, ante todo, a tener la más absoluta voluntad para ser más humano, porque, con el ejercicio de mi libertad, puedo comprometerme a ser mejor para los demás.

Con mucha certeza el mencionado Pedro Laín Entralgo nos asegura que: «Leyendo, el hombre se afirma en lo que es, atisba lo que puede y debe ser, va siendo de modo distinto y se hace, en definitiva, más él mismo y más hombre, porque la lectura es el acto en cuya virtud entramos en comercio visual con la palabra», de manera que aprendamos a descubrir todas las ricas posibilidades que la lectura nos puede brindar: convivencia, paz, rebeldía, esperanza, y ante todo: amor y sabiduría a raudales.

LECTURA Y VALORES ÉTICOS

De buenas a primeras me permito afirmar que la falta de lecturas selectas incide directamente en la indiferencia con que se asume la vida a través de valores éticos y personales. No podemos poner en duda que la lectura lleva implícito un carácter formativo, antes que de mera instrucción.

La lectura no sólo recepta datos: en primera instancia se trata de una información que hay que procesarla para que, en segunda instancia, se convierta en materia de conocimiento; luego sí, desde ese conocimiento, en una tercera instancia, la lectura nos lleva a un comportamiento que debe ser de placer, para que desde esa actitud se desarrolle ese proceso creativo-activo-formador que es el que garantiza la generación de juicios de valor que tanta falta nos hacen para proyectar en los demás, en la vida misma, nuestra más excelsa especificidad humana.

Con la lectura nos volvemos más comprometidos con la vida; a partir de ella aprendemos a crecer, a construirnos y a descubrirnos como sujetos creadores y co-creadores de ámbitos en los que la convivencia y la toma de decisiones nos permitan el robustecimiento de nuestro ser personal.

La incidencia en la formación de la personalidad humana se da cuando no sólo me quedo en la conducta de aprender sino que del aprender paso al «aprender a aprender»; es decir, no sólo que leo para memorizar sino para comprender; no sólo que incorporo información sino que aprendo a discriminarla para tener una visión de conjunto penetrante y autónoma.

La lectura nos da un vigor especial porque nos pone ante nuestra vista, ante nuestra inteligencia y ante el corazón perfiles auténticos de vida de lo que está sucediendo, de manera que, por su contundencia expresiva, esos hechos textuales no sólo que se convierten en un medio de conocimiento y de comunicación, sino fundamentalmente en vehículos de co-creatividad, porque el lector asume unos modos de saber pensar, de saber hacer y de actitudes que incluyen normas y valores, dado que –según Alfonso López Quintás- esas normas y valores se desprenden de la exigencia del conocimiento de las realidades más relevantes.

Por lo tanto, el conocimiento que del acto de leer se desprende, debe, irremediable y moralmente, ir unido a la acción creativa y al amor como la más alta expresión de compenetración humana que el hombre –varón y mujer- tiene para formarse y prepararse adecuadamente como ser humano.

Que la lectura, de otra parte, o concomitante con lo antes dicho, nos enseñe a saber quien es uno mismo como persona y sobre todo llegar a serlo, es un valor implícito de por sí profundamente formativo, dado que cuando se adquiere conciencia de sí, es decir de uno mismo, se desarrolla el juicio y el sentimiento moral, básicos para la conformación de ámbitos de convivencia en los que aprender a comportarse connota valoraciones éticas que nos enseñan a convivir, y sobre todo a ser personas como parte esencial de nuestro quehacer humano.

LECTURA, ARTE, TENSIÓN Y CONFLICTO

La lectura es arte, es tensión y es conflicto. Es arte por las habilidades mentales que el lector tiene para descubrir estéticamente los valores y sentimientos humanos que el texto posee.

Es tensión porque implica poner en juego los cinco sentidos para descubrir todos los enigmas del ser que, de una o de otra manera, son evidentes en un texto explícita o implícitamente.

Y es conflicto por los avatares y artificios propios del ser humano que el texto genera en cada lector. Y no sólo que el lector descubre los vericuetos que el texto conlleva, sino que a partir de él, y de manera personal, se gestan diversidad de pasiones, miedos, ideas, angustias, fantasías, absurdos, secretos y misterios humanos que el texto genera en el proceso de la lectura, no sólo con el grado de madurez que como lector cada persona tiene, sino con el porte que de su madurez personal tiene para significar —con sus conflictos y tensiones— la diversidad de discursos que sobre la vida el escritor desparrama en cada modelo de escritura.

Pues, la tensión, el conflicto y el arte nos posibilitan la extracción de las verdades más estables, o, al menos, la certeza

de construir, de a poco, mi propia subjetividad a partir del rescate de lo más sano que posee todo ser humano: por un lado, como sostiene Cecilia Ansaldi, la elección del lenguaje de mi individualidad más personal; de otra parte, el grado de madurez psicológica que como producto de la lectura, se va gestando poco a poco. Cada lectura bien aprovechada deja sus marcas indelebles, de manera que, día tras día, nos va fortaleciendo en su capacidad de seducción, de apropiación, de interpretación, de fantasía, de convivencia, de armonización, de antagonismo y de ascendencia a los niveles de abstracción más significativos que, con inteligencia, la mente humana puede generar en cada lector por excelencia.

Si la lectura no produce ningún efecto, no tiene sentido leer. La lectura me enseña a pensar y a repensar la realidad, no sólo la propuesta en el texto sino la que como lector individual poseo del mundo que me rodea. La lectura no sólo me proyecta a recrearme, a disfrutar y a conocer para aprender, sino a erigirme en una persona muy especial, con actitudes mentales altamente positivas y de apertura para comprender que de los libros a la vida el paso es enormemente significativo.

La realidad textual y la realidad del mundo son mucho más asequibles desde una posición lectora adecuada. El lector no es un intelectual condenado a recibir pasivamente lo que lee. Está llamado a pasearse activamente por el mundo para conocer, disfrutar, expresar, sentir, enseñar, soñar, criticar, denunciar y encontrarse con todos los seres humanos para, desde una higiénica actitud mental lectora, aplicar su experiencia y cultura lectora a la cátedra de la vida y, sobre todo, para satisfacer ese anhelo de comunicación, de encuentro mutuo, de afecto y de significación que de los actos humanos aprecia y valora todo ser racional.

TEXTO Y LECTOR

Profunda, analítica, reflexiva y subversiva es la manera de percibir el mundo a través de la lectura. La amistad del texto con el lector es de una profunda transparencia que trasciende en componentes de fidelidad, de vinculación, de compromiso y de lealtad para apropiarse y participar mutuamente -texto y lector- de la decodificación que la lectura entraña en clave de interpretación, de ensoñación, de actitud mágica, de certeza, de incertidumbre y de esfuerzo «humano-cerebral» que en cada línea el texto exige.

Cada texto exige ser oído, lo llama al lector con urgencia para dar de sí todo lo que tiene y lo que de él se puede extraer, porque siempre habrá algo significativo más allá de los renglones del texto e incluso de las posibilidades y limitaciones de cada lector.

Cada lector queda marcado por la sudoración del texto, por esa atracción invisible que genera emociones especiales en cada lector. El alma del texto, su esencia se adhiere al lector hasta que queda impregnado todo su ser de la multiplicidad de formas maravillosas, a veces terribles, que el texto tiene

para narrar sus verdades, su sabiduría, sus penas, sus dolores que de la vida cotidiana recoge para enriquecerla.

La lectura construye pero también destruye, es magia pero también es riesgo, es anuncio pero también es silencio, es perennidad pero también fugacidad, es memoria y es olvido. Todas estas variaciones formales de gracia, de libertad, de democratización y de autonomía lectoras vibran en cada experiencia humana de conformidad con los contenidos del texto y según sean las posibilidades recreativas, gratificantes y de goce estético que el lector descubre en el subtexto del texto.

Desde cualquiera de los nuevos medios audiovisuales, la lectura es el medio más eficaz, el más idóneo, el más humano no sólo para crecer como personas, sino para ser más libres. En este orden, la lectura es quizá el paso más trascendental de nuestra educación, incluso superior a toda la educación formal que la sociedad monta justamente a partir de la lectura.

Desde la lectura hacemos nuestra la realidad. El valor de las palabras nos llevan a encontrar en los libros las respuestas que necesitamos —como dice Marina Colasanti— para fortalecernos frente a la vida.

Y es que, la lectura, en ese diálogo abierto con el libro, siempre nos conducirá al placer y al conocimiento, al deleite para los sentidos y para el espíritu, a la promoción de una cultura y de un pasatiempo agradable y útil. O, como sostiene Alison Lurie, a propósito de Peter Pan, a un manifiesto en pro de los derechos de la imaginación y en contra de la irracionalidad.

LA LECTURA, RELACIÓN DE ENCUENTRO

La lectura es luz porque nos enseña a pensar, a razonar y a comportarnos para la toma de decisiones, dado el carácter formativo y de creatividad que, por lo regular, respira con frecuencia el buen lector.

La lectura incide en la formación de la personalidad humana, dado que el lector no sólo se instruye sino que se educa a través de procesos que le permiten prever, orientar e iluminar su vida. A la luz de la lectura todas las actividades cotidianas adquieren un alto valor; pues, las concepciones teóricas lectoras no sólo se quedan en conceptos sino en pautas y procedimientos que lo llevan al ser humano a asumir normas y valores que lo inducen a la adquisición de modos o maneras para saber hacer, y sobre todo para analizar críticamente el mundo y poder compenetrarse en él a través de sus más hondos valores humanísticos.

La vinculación con el texto nos exige una relación de encuentro, es decir de un conocimiento cabal de las realidades más relevantes. El lector sabe que el conocimiento que se adquiere es algo muy elevado; no es una mera información que se recibe como si se tratase de cualquier cosa. La relación de

encuentro se activa cuando ese conocimiento va unido —como señala Alfonso López Quintás— a la acción creativa y al amor. Si no se vive creativamente resulta difícil aprender a pensar adecuadamente. La lectura nos proyecta a pensar con rigor pero desde una actitud de vida creativa por parte del lector. Es decir, hay una relación de encuentro cuando en el lector se ha fomentado una actitud penetrante en cuanto enriquece su vida ordinaria de manera abarcadora, con horizontes e ideales que favorezcan su madurez personal; pues, la fecundidad personal, por el compromiso que el lector adquiere para compenetrarse en tareas ilusionantes y de sentido en todas sus acciones, es lo que confiere validez a la acción de leer.

La lectura debe llevarnos, necesariamente, a una experiencia de éxtasis, es decir, a extraer la máxima fecundidad de vida para el desarrollo de su ser personal y para un compromiso activo en la educación de la virtud, puesto que a través de ella se desencadenan procesos de vigor, de fuerza, de voluntad, de ánimo y de bondad para perfeccionar la capacidad de discernimiento y poder responder ante el mundo con un alto sentido ético.

La relación de encuentro, entonces, va a la par con todo el conjunto de valores, con el sentir ético, con el sentido de iniciativa y de creatividad y con la necesidad de crecer de forma reflexiva, crítica y altamente autónoma para pensar con rigor, de manera que la fundación de vínculos de vida nos proyecte a pensar que interiormente somos libres para actuar y crear ámbitos de convivencia que contribuyan a la regulación de nuestra conciencia, de manera que aprendamos a encontrarle sentido a la vida, es decir a lo que hacemos cotidianamente.

En este orden, no hay homenaje más sentido de proyección humana que a través de la lectura, el mejor encuentro de relación será el de haber aprendido a decidir, de manera que, como dijo M. Buber, toda vida verdadera se convierta en un encuentro.

EL ACTO DE LEER

Parecería que a menor lectura, la amenaza sobre el género humano es contundente. La lectura se sigue practicando pero no como hecho de vida, sino como una actividad ocasional, de segundo grado. Los políticos, los maestros, los estudiantes y los profesionales universitarios en general han expulsado al libro como hecho prioritario de vida. Para esta gente, la vida entera debería estar revestida de la cultura del libro en virtud de la realización culminante que para la profesión y para un desarrollo humano integral implica la posición de ser una persona leída o de libros.

Desde luego que no se trata de leer por leer, al estilo de los cánones impuestos por el sistema educativo formal, o de leer para matar el tiempo. La lectura debe ser tomada como un acto vital. Pensemos que la existencia misma tiene su esencia de ser en el acto de leer. Enrique Rodríguez Pérez sostiene que «leer es despejar la existencia en un horizonte simbólico», porque —a decir del mismo autor— «no sólo se lee un libro; se lee el libro de lo real». Es decir, se lee la vida, se lee el mundo, se lee uno mismo. La palabra escrita lo invade todo: lo real, lo efímero, los sueños, las realizaciones, las frustraciones, la ficción, en fin, como dice Edmond Jabés: «El mundo existe porque el libro existe». Quien lee aprende a vivir y quien sabe vivir a plenitud

es porque sabe leer. El sentido del ser humano se enaltece, crece, se ameniza, se hace realidad gracias al acto de leer.

La lectura es producto de la creatividad del lenguaje que a través del signo escrito se refleja el que escribe y el que lee. La escritura convertida en arte es como un espejo –a decir de Jorge Luis Borges– que nos revela nuestra propia cara. A través del ejercicio de la interpretación lectora podemos sentir, comprender y hablar de las diversas experiencias que del mundo genera el texto escrito. Entonces, no sólo el escritor es creador, lo es también el lector. Todo lector, en este orden, debe asumir una actitud creadora, sobre todo porque ninguna lectura a primera vista es verdadera dado el sentido de pluralidad que es evidente en el texto. Desde una actitud creadora, el lector es un interpretador, un descifrador de la escritura; en su accionar está percibir lo oculto, evocar la no presencia, elevarse intelectual y espiritualmente, salirse de lo real para adentrarse en la fugacidad de lo efímero.

La persona entera, con toda su escala de valores (pero también con sus debilidades, sus complejos, sus temores, sus tensiones, sus pasiones, sus preocupaciones, sus simpatías, sus odios, sus envidias, sus vicios, sus esperanzas, su trascendencia, etc., despliega todo su ser en el acto de leer hasta lograr encumbrarse a lo más alto de su transparencia humana. En este sentido, el lector deconstruye el texto, como si se tratase de un relojero que desarma, pieza tras pieza, el complejo mecanismo que el reloj tiene hasta que vuelva a funcionar gracias al conocimiento y habilidad que su relojero tiene. El texto, como si se tratase de un reloj, se deconstruye, es decir se desarma pieza por pieza, dada la apertura de horizontes y de sentidos múltiples que a través de la interpretación el lector ejerce gracias al macrocosmos que de su libertad hace uso en cada línea que lee, hasta que, deconstruido el texto, pueda a plenitud extraer el potencial de su riqueza que, a veces más, a veces menos, siempre tiene.

LECTURA, ESCUELA Y LITERATURA

Los expertos señalan que la especie humana está biológicamente programada para el lenguaje narrativo; por esta razón, la lectura a través del arte de la palabra contribuye a la germinación de mundos imaginarios maravillosos, tiernos, exóticos, de salvación, de ensoñación y de recreación que nos invitan a vivir la metáfora de la integración y realización personal hasta lograr que aprendamos a entender al otro para poder vivenciar lo nuestro y lo ajeno, de manera que la lectura, y en especial la lectura de la literatura, nos encamine a una verdadera formación lectora.

El sistema de educación escolarizada no ha podido aún incorporar la lectura de la literatura en el aula para que contribuya a una auténtica formación de lectores; sobre todo para que se desarrolle la pasión, el gusto y la necesidad de acercarse autónomamente a la literatura.

Con sobrada razón, la bibliotecóloga colombiana Silvia Castrillón señala que se ha presentado a «la lectura como un ejercicio simple, fácil; con actividades, muchas veces físicas, que desalojan la reflexión, el debate, o simplemente el necesario silencio para el diálogo interior a que invita la lectura».

Y es que, a decir de la misma experta, lamentablemente en la escuela la literatura apenas aparece como auxiliar de la enseñanza de la lectura y la escritura. Y en la secundaria, aunque gana autonomía sólo lo es para convertirse en objeto de conocimiento. En definitiva, la escuela y la literatura no han hecho un buen binomio. Mientras la literatura –siguiendo el criterio de Castrillón– apela a la libertad, a la trasgresión, a la ambigüedad, a la recreación, al cuestionamiento, al debate y a las experiencias vitales de la vida; la escuela, en cambio, se identifica con la norma, con la rigidez, con principios establecidos, con la tradición y la imposición.

En la escuela, entonces, el buen lector y profesor de literatura necesariamente llega a transgredir las normas de la institución para que pueda compartir con sus alumnos la reflexión y el cuestionamiento de valores sociales e ideológicos; pues, la función estética de la literatura no es un mero adorno, sino algo tan esencial que a la par que forma lectores, fundamentalmente forma a hombres –varones y mujeres– auténticamente humanos, con conciencia de libertad, de compromiso creador y de autoafirmación.

La gran literatura, como ninguna otra disciplina, nos brinda una base humanística sólida, incluso hasta para que actúemos éticamente frente al desarrollo de las nuevas tecnologías.

Está claro que una relación más consciente y humana y la posibilidad íntima de descubrirse uno mismo para llegar a ser más y de otro modo, le es inherente al buen lector de literatura. Es tal la seriedad con la que debe tomarse a los libros en la misma medida en que se lo hace con las personas. Pues, ni la literatura u otra disciplina puede presentarse como lectura inofensiva o simplemente para apelar a la democratización del conocimiento y de la información. Como enfatiza Silvia Castrillón: «Solo cuando la lectura es crítica e invita a la reflexión tiene valor liberador para el individuo y para la sociedad».

POSIBILIDADES DE ACCESO A LA LECTURA

Hoy, más que nunca, y aunque muy poco se lea, existe superabundancia de libros, lo cual puede contribuir para que el lector se pierda en medio de tanta información. Frente a tanta abundancia, lo más recomendable es que el alumno y el público en general sepan ponerse en contacto con los mejores profesores de lectura y con especialistas que en cada rama del saber sí los hay. A su vez, los lectores poco familiarizados con los libros deben tener una buena guía de lecturas. Las recomendaciones de las editoriales no siempre son las más adecuadas.

Las bibliotecas tampoco han contribuido para promover lectores, a excepción de aquéllos que ya saben utilizar sus servicios y que permanentemente están al tanto de las novedades editoriales.

La bibliotecóloga colombiana Gloria María Rodríguez afirma que «las bibliotecas no trascienden ciertas funciones y se enquistan en la misión de ser biblioteca-memoria, preocupada básicamente por conservar el patrimonio, o en la biblioteca-estudio, soportando exclusivamente la vida académica, o en la de la biblioteca-depósito, preocupada sólo por guardar para el

porvenir, o en la de la biblioteca-espectáculo, interesada únicamente en apoyar las manifestaciones artísticas y recreativas.»

Si el lector no llega a la biblioteca, ésta debería buscar mecanismos para atraer, más bien dicho llegar con acciones debidamente planificadas a otros grupos de personas que ignoran la existencia de una biblioteca. Por ejemplo, los obreros, los campesinos, las amas de casa, funcionarios, jubilados, ancianos, desempleados, enfermos, presos, los impedidos físicamente, etc., deberían ser tomados en cuenta para que se les prepare un ambiente lector adecuado, hasta que logren incorporar la lectura a sus vidas como si se tratase de cualquier otra actividad que cotidianamente se la asume con naturalidad.

La marginación lectora de los grupos humanos antes aludidos se hunden más en la desesperanza por no tener acceso al libro. En otros países, esta marginación, de alguna manera el Estado o determinados organismos, la remedian ofreciendo una debida preparación y materiales de lectura, por ejemplo, acudiendo a los barrios, parroquias y recintos apartados, mediante bibliobuses que a través de paraderos en los parques ofrecen sus programas de lectura de manera organizada, económica y libre.

Las lecturas itinerantes, las biblioquinas, programas de lectura en las calles, préstamos, programas de lectura en el lugar de trabajo, lecturas de barrio, lecturas para niños, lecturas para jorgas juveniles, festivales de lectura en fechas especiales, menú de libros recomendados en las habitaciones de los hoteles, hospitales y clínicas, materiales entregados a domicilio, intercambio de libros usados que se les puede cambiar por otros, programas de formación para maestros, trabajos en equipo a través de talleres, círculos de lectura, exposiciones, proyección de vídeos, diapositivas, películas, sesiones quincenales y/o mensuales de conferencias, análisis, comentarios, discusiones sobre autores

y lecturas, comentarios de relatos, poemas, ensayos, diarios, cartas, libros de ciencia, lecturas en voz alta a cargo de buenos locutores, libros para leer en el aula, libros para prestar a los estudiantes y a los padres de familia, programas específicos en los medios de comunicación, programas grabados, exposición de retratos de escritores, guías de locución y libros-correo, son entre tantas y tantas actividades que se podrían emprender planificadamente desde diferentes instituciones, sobre todo educativas, para incorporar a todo el mundo en la promoción del acto auténticamente humano de leer hasta lograr que el ejercicio y disfrute de la lectura, a más de una realización intelectual, espiritual e individual, se convierta en un compromiso colectivo de vital importancia para el desarrollo humano en los ámbitos del progreso económico, científico, técnico y educativo-cultural de una comunidad y de un país.

LEER PARA VIVIR

*E*n medio de la gran masa humana, el hombre de hoy vive la angustia existencial de la soledad. Necesita identificarse plenamente con alguien: su familia, el trabajo, el estudio, los amigos, la religión, un alguien o un algo que lo saque de esa espantosa soledad a la que el hombre postmoderno se ve sometido.

El escritor ecuatoriano Jorge Enrique Adoum, uno de los grandes exponentes de nuestra cultura nacional, sostiene que la mejor manera de enfrentar la soledad es a través de la lectura. Para él ya ni siquiera es el placer del texto, sino la necesidad de la compañía de ese ser tan extraordinario como es el libro, con sus autores y personajes, sin los cuales nos dice que le resultaría muy difícil vivir: los libros son los únicos que nos dan la sensación de que uno no está solo; son como una palmada de estímulo en el hombro –sostiene– para seguir vivo y seguir viviendo.

El libro, por lo tanto, fundamenta, cimenta nuestros deseos de vivir. Saber que nos brinda conocimientos, belleza, creación, imaginación, fantasía, ideas, riqueza espiritual, liberación, inteligencia, progreso, sabiduría, es llegar a asociar su grandeza con el poder del pensamiento transformador, dador de vida

para la individualidad lectora, pero también para la solidaridad, es decir para la transformación comunitaria.

¡Qué calidad de vida que tiene el libro! El lector la absorbe y se nutre con esa vida del texto. Todas las moléculas del texto penetran, a veces con facilidad, en otros casos con mucho esfuerzo, por cada uno de los poros del lector que feliz se deja nutrir de esa savia que lo fortalece con la luz de la energía que le permite mejorar su calidad de vida, es decir, su calidad educativa, de autonomía y de ciudadanía crítica.

Insistimos, la savia que el lector recibe del texto lo proyecta a la obtención de una educación apasionada por las ciencias de la naturaleza o por las ciencias del hombre. Una educación cuyos principios son (deben ser) auténticamente humanístico-formativo-intelectuales. Esta es la calidad de vida que el texto ofrece. Así, la soledad no nos traiciona, no nos envejece, no nos asalta para clavarnos su daga despiadada; pues, más potente es la vida que el texto transmite que la muerte que la soledad respira.

Tiene mucha razón Jorge Enrique Adoum al sostener la necesidad que el hombre siente por el libro como un auténtico acompañante para que le permita seguir viviendo a ese lector que sabrá ubicarse humanamente en el centro de las más fervientes preocupaciones, porque le hará ver que la lectura –aparte de salvarlo de la soledad, es decir de la muerte- es un instrumento útil, dado su profundo sentido de vida y de valores humanos que el texto posee.

Así es. Un lector que sabe que el espacio de la lectura es real y significativo, sabe que, fundamentalmente, se está tratando como sujeto, puesto que se sitúa ante el mundo externo con una interioridad, con una riqueza y capacidad de acción únicas, porque le permite autodeterminarse con libertad y autonomía hacia un fin trascendente: su afán de decidir sobre sí mismo y ponerse con dignidad frente al mundo, serán evidentes.

LECTURA, ESCRITURA Y MEDIACIÓN

No hay mediación lectora si el maestro o el promotor lector no tienen su base en los saberes científico-humanísticos, que son los que le hacen llenar de sentido y esperanza la vida de los lectores. El sicólogo y educador español Lorenzo Tébar Belmonte, en su libro *El perfil del profesor mediador*, sostiene que «la mediación es una fuente de transmisión cultural, significativa, afectiva. Mediar es orientar el pensamiento causal, es establecer relaciones, adelantar los efectos de un acto».

En efecto, y en el caso concreto de la lectura, enseñar a leer es enseñar a aprender y sobre todo ayudar a comprender. El mediador, según Lorenzo Tébar, «pondrá los medios, marcará los ritmos y dosificará todo el proceso modificador: su presencia es imprescindible al ser el auténtico transformador de los estímulos que llegan al educando». En el fondo, un buen mediador potencia el desarrollo de habilidades para lograr una autonomía lectora.

El profesor como mediador es un intelectual que no sólo está para preparar clases de lectura, de literatura o de lenguaje; está para hacerse leyendo y escribiendo. Muy poca obra

intelectual es la que producen los profesores y promotores dedicados a la motivación y mediación lectoras. En este caso, los estudiantes, al igual que su profesor, lo que hacen es consumir la información escrita por otros.

El nivel de lectura en estudiantes y profesores es bajo sencillamente porque ni se lee ni se escribe. Si de la lectura se tiene recelo para asumirla como algo normal, con mayor razón sucede con la escritura. Hay un temor generalizado del estudiante a no querer escribir porque el profesor nunca escribe. No puede el profesor obligar para que haya un proceso de creación en la escritura si él nunca lo hace.

Como sostiene el profesor argentino Daniel Prieto Castillo: «La escritura puede dar lugar al aprendizaje significativo cuando permite la expresión de la propia experiencia y de las propias maneras de comunicar, cuando acerca la letra a la vida» (...). Es muy interesante este punto de vista porque desde la escritura se podría acercar al alumno a la lectura. Pues, al tratar de expresar sus experiencias en la escritura, a la par que se estimula la mente para comunicarse y para dar rienda suelta a su imaginación, el alumno va revalorizando sus actuaciones y relaciones en el acto de aventurarse para ser más libre.

Aquí, el papel del maestro como mediador es esencial, porque en la medida en que más capacitado esté científica, pedagógica y humanísticamente, podrá conocer mejor a sus interlocutores, es decir a sus estudiantes, para adentrarlos en el funcionamiento de la concentración contemplativa para que descubran sus propias maneras de percibir, de imaginar, de crear y de dar lugar a aprendizajes significativos para que con las habilidades personales y recursos del lenguaje puedan poner lo mejor de sí, bien sea al leer o al escribir.

Que el mediador les haga ver a sus discípulos que cada palabra necesita su justificación, su reflexión, su búsqueda

adecuada para que el acto de pensar, al leer y al escribir, esté con uno, es decir, que aflore la «concentración contemplativa» que no es otra que el ejercicio de la serenidad, de la seriedad, de la capacidad de asombro y de admiración ante la vida misma y de la reflexión profunda para expresar nuestras capacidades individuales en el uso tanto de la lectura como de la escritura.

En definitiva, el mediador –nos dice Reuven Feuerstein, impulsor de la teoría de Experiencia de Aprendizaje Mediado– «elegirá aquellos comportamientos que estime apropiados transmitir al educando, a través de la imitación, la enseñanza y la creación del ambiente espiritual (...) que permite al ser humano reconocerse como un ser modificable».

LECTURA, FICCIÓN Y REALIDAD

Cesare Pavese decía que quien ama a los libros y no ama a los hombres es un condenado. Y es que el acto de leer es tan serio como lo es la moral, la política o la teología. Quien no ama al leer es como si estuviese muerto al amor y a la vida. Y es tan fácil suponer que quien no tiene humildad, incluso seguridad en sí mismo, y quien siente aversión por el prójimo, el libro siempre le resultará un ser extraño. Dejemos de leer y estaremos desvalorizando a los demás.

De manera supina el no lector prefiere idiotizarse a través de las imágenes que sin respuesta crítica y de manera pasiva recibe de la televisión. No le importa el mundo, ni siquiera el suyo. Ha sido violado sin que repare en el dolor ni en la brutalidad que este hecho causa, si nunca se le ha enseñado o no ha querido hacerse cargo críticamente de la cultura de la imagen, peor aún de la cultura del libro.

¿Acaso la satisfacción material ha dejado satisfecho el espíritu de los seres humanos? ¿No es necesario, dada esta circunstancia, acercarnos al texto para que este mundo de la cultura visual, globalizada y materializada, tenga un sentido más humano? No es sólo el placer de la comodidad material o el de la voluptuosidad el que nos hace felices.

El placer intelectual y el placer del espíritu, es decir el placer de la belleza interior que se puede descubrir a través de la lectura, nos encamina al disfrute emocional en sus distintas intensidades. Por ejemplo, el hecho de que a través de un texto de ficción viajemos hacia el mundo de lo imaginario, nos obliga gratamente a salir de lo real y de lo cotidiano, hasta lograr que la ficción penetre en nuestro mundo de ensueños, y lo imaginario se exprese a través de la palabra que nos lleva mucho más allá de lo que ella dice literalmente.

Es justamente este salir de la realidad cotidiana a través de lo imaginario lo que nos lleva al éxtasis del gran placer que la lectura nos produce.

Y es que lo imaginario, la ficción, es como el sueño; más bien dicho, como dice Carlos Carrión Figueroa: «Lo soñado es más hermoso que lo real». Es aquí propiamente donde se origina el gran placer. ¡Y cómo no vamos a disfrutar!, si la ficción la sacamos de lo real, nos explica mucho de lo real y nos dice verdades muy contundentes de esa realidad. Como señala la escritora brasileña Marina Colasanti: «Lo más que real se sitúa en lo imaginario. Porque lo imaginario brota de la esencia misma del ser».

En conclusión, y en palabras de la misma Colasanti, sólo lo imaginario puede conducirnos hacia lo real más que real. El disfrute, entonces, de este lenguaje de ensueños, de imaginarios, de parábolas, de metáforas, nos encamina a realizarnos en la verdad de la vida y en la verdad del amor. Sí, el amor, en este caso el de la lectura que nos lleva a renunciar a tantos egoísmos humanos, es decir a renunciar a una parte de uno mismo para adquirir una parte del otro, en este caso de la escritura, de su sabiduría, de su amor (de su amor, porque cuanto más bello es un libro, más gozo, más tensión y dolor hay en quien lo escribe) entre tantos otros aspectos que nos

llevan a una intensa y maravillosa transformación con el otro mediante el gran caudal de todas las posibilidades humanas que un texto, sobre todo de ficción, contiene en su inagotable caudal de verdades auténticamente recreadas.

ALGUNOS TIPOS DE LECTURA

El buen lector sabe que de conformidad con el propósito que se tenga para leer, aparecen los diversos tipos de lectura.

Si el propósito es el de tener una idea global de un tema determinado, el tipo de lectura es el *superficial*; la lectura, en este caso, será de manera rápida, a vuelo de pájaro, como se dice. En este tipo de lectura el objetivo no es otro que captar la idea general de lo leído.

En otros casos, la lectura no sirve para otra cosa que para buscar datos específicos; no interesa leer todo, sino exactamente aquello que se busca. En este caso estamos frente a una *lectura selectiva*; pues, se prescinde del resto de información. La vista, de manera rápida ejecuta una lectura de búsqueda pero sin leer propiamente.

Pero hay lecturas en las que se hace imprescindible volver sobre los contenidos. El lector trata de asegurarse de su mensaje a como dé lugar. Ésta ya no es una lectura rápida, sino lenta, pausada, de muchas interrogantes. Aquí se trata de interpretar lo que significa cada bloque o contenido de lectura. Es indudable que estamos frente a una *lectura comprensiva*.

El papel de la interiorización permite un auténtico estudio, un adentramiento cabal de la temática y de lo que en verdad quiere decirnos el autor.

Hay también otro tipo de lectura que se la realiza de forma lenta y reposada, de manera especial en textos filosóficos, teológicos y de ensayos humanísticos o experienciales. Esta *lectura es reflexiva* y está en manos de personas muy interesadas en la problemática existencial humana y mundana. Aquí se necesita de un pensamiento profundo, de análisis exhaustivo de cada idea leída. El pensador trata de extraer toda la riqueza posible para meditar y reflexionar sobre la calidad, la riqueza y el mundo de posibilidades y de sugerencias que en el texto se vierten en torno a los grandes problemas de la vida y del universo que aún no tienen una solución definitiva. Aquí el lector no se queda en la literalidad del texto. Pone en juego su actitud cognitiva para, al reflexionar, cotejar, comparar, relacionar, buscar afinidades, contrastes, aproximaciones, diferencias y etc. de ideas que siempre son de utilidad en un lector de esta naturaleza.

El lector también puede disfrutar mucho con la *lectura recreativa*. Dependiendo de las circunstancias, a veces se puede leer por puro placer; en este caso, el propósito es el de entretenerse y dejar volar la imaginación a partir de lo que se lee. El placer nos lleva a descubrir la belleza del lenguaje. Hasta para tratar los temas más abruptos, siempre la riqueza expresiva y la calidad del estilo, las figuras literarias y todos los recursos técnicos que el autor emplea, llevan de la mano al lector que —desde luego tiene una cierta cultura y un conocimiento adecuado de nuestra lengua— desea recrearse y a su vez formarse desde la literatura, en especial de la poesía, del cuento y de la novela como los géneros más idóneos para la lectura de recreación.

También hay una lectura en la que se necesita retener los contenidos leídos. Esta lectura es también pausada, lenta, de concentración y de comprensión para poder asimilar lo que se lee. Se trata de la *lectura de estudio*, la que sirve para instruirnos y formarnos en una profesión o en algún campo específico del saber humano. A más de la comprensión, la lectura de estudio exige una postura reflexiva y crítica, tan venida a menos sobre todo en los estudiantes de nivel medio y universitario. Desde luego, si existe una excelente motivación intrínseca, la lectura de estudio se convierte en una lectura de placer.

ARMADURA Y LECTURA

*E*n un relato muy difundido del escritor Robert Fisher, *El caballero de la armadura oxidada*, hay una bonita metáfora que nos permite introducir este artículo sobre la lectura: «A todos alguna armadura nos tiene atrapados». Esta armadura, según la naturaleza humana y los problemas personales de cada individuo, simboliza los prejuicios y los impedimentos de diferente índole que no le permiten a la persona adentrarse en algún asunto importante de su vida para desarrollar su calidad humana.

Es bueno que hagamos el esfuerzo por descubrir qué armadura, es decir, qué problema nos tiene atrapados que no nos permite, en este caso, tomar a la lectura como una fuente de enriquecimiento personal. La resistencia a leer, sabiendo leer, es una resistencia a no querer dejarse ayudar para ser mejor en la vida, en la profesión y en la familia.

El momento en que la armadura desaparezca, nuestra ascensión para sacar a luz la diversidad de enseñanzas que el acto de leer provoca, será tan real que el lector aprenderá a darse cuenta de que no nació con esa armadura sino que él mismo, como una tortura, se la impuso, tal vez desde siempre. Desde

una lectura pausada y conscientemente asumida, comprenderá que es fácil desprenderse de tan pesada carga. Sin la armadura, el lector aprende a conectarse a la fuente de la vida.

Con la armadura la mente se vuelve muy limitada, la inteligencia se siente atrapada, y por lo tanto, la verdad aparece como un insulto.

Si se está con la armadura, se lee, pero no se siente lo que se lee; es como querer demostrar que se es bueno, generoso y amoroso, como dice Fisher, cuando no hay razón para demostrarlo, sino para vivirlo.

Lo bueno es que sin la armadura uno aprende a ver, lo que antes viendo no comprendía. Y es que se aprende a ver la vida realmente cuando algo bulle en mi interior que me motiva, con voluntad y hasta con tenacidad, a conocer, reconocer y valorar todo lo que antes no era capaz de darle sentido porque nada me llegaba ni a la cabeza ni al corazón.

Limpios la cabeza y el corazón de toda maleza, las ilusiones, los proyectos y las proyecciones humanas se convierten en hermosas experiencias que desde la lectura nos permiten descubrir las bondades y las oportunidades que la vida nos brinda para realizarnos, hasta tal punto que no podemos darnos cuenta que no sólo uno, sino los demás y todo cuanto existe, es maravilloso.

Fisher sostiene que como la mayoría de la gente está atrapada en su armadura, entonces pone barreras para protegerse de lo que cree que él es. Desde esta óptica, muy pocos llegan a comprender la verdad, y por eso no pueden ser felices ni llegar a descubrir que «somos todos parte el uno del otro».

El libro es nuestra parte y es el otro; por eso nos promueve y nos conmueve, nos humaniza, nos proyecta y nos llena de esfuerzos, porque a través de la lectura, vemos como nuestra mente, y sobre todo nuestra alma, es decir, nuestra realidad

interior, se nutre de la savia de la verdad y de la felicidad; porque, dentro del maravilloso mundo de la lectura, nuestra vida se enriquece hasta el punto en que –como dicen Bruno Bettelhem y Karen Zelan- es uno el que elige ser una persona instruida, aunque para ello haga falta mucha aplicación.

EL COMPONENTE CREATIVO DE LA LECTURA

Si el lector llega al nivel de comprensión crítica del texto leído, aparece ya el lector creativo, aquel que puede desarrollar nuevas ideas para la elaboración de proyectos que estén vinculados a la obra leída o que sirvan de estímulo para la realización de otros proyectos que el lector-creador considere pertinente.

El lector creativo estima altamente lo que lee, por eso puede crear novedades como la de generar nuevos pensamientos, sentimientos de alta madurez emocional y experiencias que lo motivan a buscar lo interesante, lo oculto, a descubrir significados implícitos en el texto, a potenciar el carácter de investigación, dado que puede relacionar sus propias ideas con las del autor y generar experiencias diferentes a las leídas en el texto.

El componente personal y afectivo es el que imprime el sello de lector creativo, puesto que sale de la receptividad de las ideas presentadas por el autor para mantener una actividad mental que lo motiva a transformar la información leída en un potente ser activo y creativo para producir nueva información, puesto que ya no basta sólo con criticar esa información sino que, gracias al componente emocional y de reacción

experiencial que el lector tiene, se generan cambios, puntos de vista, actitudes y conductas para reconstruir significados a través de nuevas situaciones no sólo de análisis y de síntesis, sino de creación y de representación del mundo a través de las diferentes fuentes del conocimiento que el lector creativo sabe relacionarlas muy bien con su actuación pos lectora.

El lector creador es un asiduo proponente de hipótesis; antes y en la lectura misma, y de manera paulatina, se generan expectativas acerca de la calidad y del contenido de la información. Lo que dice el texto y los conocimientos del lector permiten crear una serie de puentes entre lo nuevo y lo conocido, y es en este orden en que aparecen una serie de suposiciones, de propósitos que validan o invalidan el texto leído a través de estrategias de verificación o de comprobación de esas hipótesis iniciales o de aquellas que se van generando en la medida en que se avanza en la lectura.

El lector creativo siempre pone en juego la curiosidad, la imaginación, las expectativas y los conocimientos previos que de hecho genera todo texto, por objetivo que sea. Estos elementos permiten visualizar una serie de circunstancias, de conjeturas, de puntos de vista, de situaciones y de proyecciones en torno a mundos posibles que desde la investigación, la creatividad, la intelectualidad, la ciencia y la cultura se pueden potenciar, y sobre todo aplicar en los diversos contextos en que el lector interactúa.

El sentido de creatividad del lector desarrolla sentimientos de compromiso personal, de experiencias meta cognitivas y de conductas comunicativas que le permiten guiar una serie de razonamientos en pos del mejor aporte humano e intelectual que como persona puede brindar para mejorar las circunstancias de su contexto personal y comunitario.

EL PROPÓSITO DE LA LECTURA

*L*a falta de comprensión de un texto se debe, a veces, a que no hay un propósito lector. Cuando se lee, debe uno pensar para qué se lee. Los problemas o las fallas que se tiene al leer, el lector debe autorregularlas, de manera que al tomar las medidas necesarias pueda autosupervisar su comportamiento lector.

Uno de los grandes propósitos lectores radica en la toma de conciencia para descubrir todas las claves necesarias que el texto posee, de manera que el lector pueda interpretarlo de conformidad con sus experiencias personales y culturales.

Si se lee con una actitud en la que el tema no parece interesarnos o si se está pensando en lo aburrido o complejo que resulta una lectura, de antemano nos hemos puesto barreras que no nos van a permitir interactuar con el texto.

Si un alumno lee obligado o bajo situaciones de competencia, no le resultará muy fácil proponerse qué es lo que dice el texto; por ejemplo, qué es lo que puede comprender, qué no más puede extraer de él, cuáles son las ideas esenciales, qué es lo que se puede aplicar a contextos reales y en qué medida resulta de utilidad lo que se está leyendo.

Si como lector siempre opto por una actitud crítica a partir de mis conocimientos previos y de mis reacciones afectivo emocionales, la intervención con el texto será tan activa, que no me resultará difícil saber los propósitos que el texto tiene, los aspectos que me parecen pertinentes, aquello que me parece interesante, las claves de interpretación que me propone el autor, las implicaciones que el texto tiene, las críticas que puedo hacerle y lo valioso o poco valioso que puedo descubrir en él.

Si se quiere atribuir sentido y construir algún significado es porque se tiene un propósito de lectura. A veces, el propósito no es otro que el de encontrar información; en otros casos se lee para realizar algún procedimiento para saber actuar frente a contextos específicos; también se lee para aprender como en el caso de los estudios escolarizados o para comprender un tema determinado para objeto de evaluación.

En todo caso, sea cual fuere el propósito, no puede el lector descuidar algunas estrategias específicas de lectura para enfrentar el proceso de comprensión de una forma que le permita adentrarse adecuadamente en el texto. Por ejemplo, no puede haber descuido en activar debidamente los conocimientos previos, en elaborar predicciones y preguntas que le lleven luego a responder esas inquietudes una vez leído el texto. Fijarse en cuáles son las partes relevantes del texto y la identificación de la o las ideas principales, conjuntamente con la intención de elaborar un resumen y de estrategias de apoyo como las de subrayar, tomar notas aparte o al margen del texto, volver a leer, etc., son entre algunas de las estrategias que se debe considerar tanto antes, durante y después de la lectura.

En todo caso, bien sea que se lea para aprender, para adquirir información, por distracción o con sentido reflexivo y crítico, siempre se requerirá de una atención total, minuciosa, activa y consciente de cada palabra, de cada línea, de cada cláusula o párrafo y de cada capítulo o tema y del texto en general que es el que en definitiva debe ser motivo de sentido y de significado.

ILUSTRACIONES Y LECTURA

De hecho, un libro con ilustraciones contiene menos información y aparentemente es mucho más atractivo para un niño lector. Lo malo está en que el niño lee las ilustraciones pero no el contenido de la información. Como los nuevos libros de texto no interesan mucho a los niños, entonces, sobre todo los editores, creen que para aumentar el interés no hay mejor forma de atracción que añadiendo ilustraciones a todo color. Sin embargo, al editor lo que más le interesa es que el libro se venda, y no que el niño aprenda a leer. Por eso, la mejor estrategia está en llenar el libro de ilustraciones. Y los profesores y padres de familia han creído ingenuamente que a mayores ilustraciones el niño aprende a leer mejor. Desgraciadamente no es así; cuando el niño ve dibujos tan bonitos, atractivos, lo que hace es adivinar a través de ellos lo que el texto contiene; es decir, por las ilustraciones se entera de la información que el texto contiene, por lo tanto ya no siente mayor interés en leer; su conclusión es: para qué esforzarse en aprender o en leer las palabras cuando los dibujos le brindan ya la información que en el texto consta.

Y lo que es más, los mismos maestros se dejan influir por lo llamativo de los dibujos, y prefieren hablar con sus alumnos,

antes que del texto, primero de lo atractivo y del mensaje que se puede extraer de los dibujos. Esta actitud desmotiva aún más a los alumnos para que se interesen por la lectura del texto; pues, el significado del texto lo deciden con sólo ver las ilustraciones.

Frente a esta realidad, algunos expertos han censurado el empleo excesivo de ilustraciones en los textos de lectura por el entorpecimiento que en el niño se produce para que sienta interés por la lectura.

Está comprobado que el exceso de dibujos distrae en vez de ser útil, y a veces el niño hasta puede tener una idea totalmente equivocada de lo que el texto señala.

Ahora bien, la pregunta es: ¿Por qué los libros de lectura de los primeros años de escuela siguen llenos de tantas ilustraciones?; ¿para que se venda el libro o porque los dibujos son lo único atractivo en ellos?

Este hecho es preocupante, porque a más de que no se fomenta la lectura, existe una significativa disminución del vocabulario y un gran vacío de contenidos, que vuelven poco estimulante al hecho de leer.

Con textos sin interés, ni el profesor ni el alumno se sienten atraídos por la lectura; entonces es mejor educarse en las ilustraciones y en actividades que no son propiamente las que motivan ni conducen al niño ni al mismo profesor para que participe con gozo en la tarea de aprender a leer partiendo de un texto que genere el mayor interés y gusto por lo que se lee.

Si la lectura, desde un inicio, se concentra en el significado de un símbolo pictográfico y no propiamente en los elementos que lo constituyen, sobre todo a partir de lo que los niños piensan y sienten, pues, no habrá manera de obtener buenos lectores. Y ante todo, qué saludable que sería que no sea sólo el intelecto el que participe en el proceso de aprender a leer, sino y ante todo, que sea su vida consciente e inconsciente la que le dé sentido a partir del interés que todo buen texto, sobre todo los de literatura, debe generar en cada niño y en el lector en general.

LECTURA E INTERPRETACIÓN

Si al leer no se convierte las palabras en significados, no tiene sentido leer. No es sólo la vista, la mirada en la palabra la que nos lleva a un proceso lector. La actividad lectora precisa de altas dosis de concentración, de una atención en la que el interés no permite extraviar el curso de lo que puedan significar los niveles de un proceso receptivo, comprensivo y altamente creativo.

Quien lee bien, es decir, quien logra procesar debidamente la información que recibe, no sólo que entra en contacto con esa cantidad de información sino que los procesos de intercambio con el mundo de la comunicación interpersonal y social son altamente significativos.

Si bien es cierto que los ojos cumplen un papel vital para el procesamiento de la información textual, no es menos cierto que sólo los componentes cognitivos son los que convierten en unidades con significado a cada palabra leída. En este orden, las habilidades semánticas son las que sacan al lector de la forma impresa de la palabra que la capta a través de los ojos para que luego se haga una imagen léxica o de contenido de lo que esa palabra leída significa.

Reconocer las palabras y adentrarse en el mensaje textual a través de su componente cognitivo o mental implica tener al menos cuatro niveles de comprensión: el primero, elemental pero importante, es el de la *comprensión cero* que consiste en identificar cada letra y palabra escrita, indistintamente de que se capte o no su significado.

Un segundo nivel es el de la *comprensión literal*, en donde, sin salirse propiamente de lo que la palabra dice o significa, se logra obtener un grado de comprensión superficial, es decir, de apenas una identificación de las palabras en cuanto una significación explícita de identificación de lo que el texto manifiesta en forma directa. Las relaciones gramaticales y sintácticas que el lector conozca son importantes para que haya una comprensión literal de cada cláusula o párrafo.

Ahora bien, de estos dos primeros niveles no se saca mayor provecho si siempre al leer el lector se queda en ellos, como les sucede a muchos lectores que no están motivados ni logran interesarse ni apasionarse por lo que leen.

Es necesario avanzar a la *comprensión inferencial*, es decir a aquella actitud lectora que nos lleva más allá del texto explícito, porque lo que importa es descubrir el o los sentidos implícitos que subyacen en el texto. Es necesario que el lector pueda interpretar lo que el lector quiere manifestar más allá de las palabras textuales que en el texto constan. El autor siempre tiene juicios y puntos de vista que a través de la comprensión inferencial el lector debe descubrirlos.

Por último, es necesario llegar a la *comprensión crítica*, dado que aquí se aprecia el mayor grado de madurez para valorar y enjuiciar lo leído. Como sostiene Fuensanta Hernández Pina y su equipo de investigadores de la Editorial Océano: «Este nivel supone deducir implicaciones, obtener generalizaciones no establecidas por el autor, especular acerca de las consecuencias,

distinguir entre hechos y opiniones, entre lo real y lo imaginario, y elaborar juicios críticos sobre las fuentes, la credibilidad y la competencia del autor».

Si el lector llega a este nivel de comprensión crítica, pasando, por supuesto, por los anteriores, que son de vital importancia, puesto que a través de ellos se llega a este nivel, entonces sí, es posible un juzgamiento adecuado de las ideas expresadas por el autor; y, por lo tanto, ya no le resultará difícil asumir el componente de la lectura como un proceso creativo.

LECTURA Y MEMORIA

Si bien es cierto que cuando se lee no es posible memorizar todo al pie de la letra ni recordar renglón tras renglón como si el lector fuese una grabadora, también es cierto que es necesario recordar lo esencial de lo que se lee. De una u otra manera, se lee para aprender, y no hay aprendizaje si no se une la comprensión y la memoria. Retener y recordar son ingredientes vitales en toda lectura, más bien dicho en todo buen lector.

Cada lector tiene su propio nivel de capacidades de almacenamiento y de recuperación de lo leído. Como dice el Evangelio, con los talentos que a cada cual le corresponde, el lector desarrolla habilidades que le permiten retener y recordar la mayor cantidad de datos y de información en general que le sea posible.

Una persona puede controlar su memoria bien para almacenar información o para olvidar. Hay lectores que cuando leen, por lo regular no retienen nada; esto se debe a que, en unos casos, no hay interés para hacer significativo lo que leen; en otros casos porque no tienen ningún deseo de querer recordar; también porque se ha perdido el hábito de aprendizaje y

la voluntad para diferenciar entre lo importante y lo que no tiene mayor repercusión y, sobre todo, porque estos lectores no se han trazado horizontes significativos para llegar a valorar el proceso lector como una oportunidad para formarse no sólo intelectual sino humanísticamente.

Cuando hay interés, se puede retener la información aplicando algunas técnicas, tales como:

Atención: Poner todo el esfuerzo posible de atención en lo que se lee para concentrarse bien, de manera que lo que se asimila se convierta en una experiencia positiva de aprendizaje.

Interés: El interés tiene que ver con el valor que para el lector representa lo que está leyendo. Si lo que se lee no tiene relevancia, se aleja el interés, no aparece la concentración ni se puede estar atento.

Organización: Para retener la información es bueno también buscar alguna organización interna que permita estructurar con lógica lo leído; por ejemplo, el uso de mapas conceptuales, esquemas, cuadros sinópticos, mentefactos, organizadores gráficos, en fin, ayudan a retener la información.

Asociación: Asociar lo leído con alguna otra información anterior o con alguna experiencia o realidad vivida ayuda también a recordar y retener la información leída.

Visualización: elaborar visualizaciones mentales que permitan hacernos una imagen de los conceptos más representativos, permite también reforzar la retención.

Revisión: Revisar una vez más lo leído (retroalimentación) para relacionarlo con lo que en ese momento se está leyendo, es de una gran ayuda.

Discusión: Comentar y discutir con otros lectores los mismos temas o temas similares nos permite estar atentos para que los comentarios sean de altura o para aprender de la otra persona.

Notas y subrayado: Tomar notas al margen del texto, al final del capítulo o del libro, subrayar lo que al lector le interesa son técnicas también que permiten retener la información.

Ahora bien, no sólo que basta retener la información, sino cuánto y cómo recordar en el momento en que necesitamos hacer uso de esa información, es también vital para un buen desenvolvimiento académico-profesional y de estudio en general. Sobre todo para que la información quede en la memoria a largo plazo, es bueno, por ejemplo, acostumbrarse a escribir resúmenes, reseñas, síntesis, comentarios y/o críticas, organizándolos por temas y ordenándolos según el interés lector; utilizar fichas mnemotécnicas y la formulación constante de preguntas mentales o por escrito, el planteamiento permanente de objetivos para que lo leído tenga una finalidad direccional, serán, entre otros, recursos oportunos que harán, a corto o a largo plazo, que no sólo sea buen lector, sino buen ciudadano, listo para aportar al desarrollo social, productivo y de promoción humana que es lo que hoy en día más se necesita para que la vida y el desarrollo humano tengan sentido.

LECTURA Y SENTIDO DE REFLEXIÓN

*E*l texto sugiere sentidos y significados que el lector debe descubrir a través del uso activo del conocimiento previo y de las estrategias de lectura que de manera flexible haya logrado incorporar, a fin de que la interacción sea efectiva entre texto y lector.

El texto sugiere significados que el lector trata de representar de conformidad con el talante de su personalidad; esto es, el nivel de sus conocimientos, de su cultura, de su afectividad, de su voluntad, de sus actitudes, de su situación social y del contexto son los que marcan la lectura de un texto de manera tan personal, que es difícil que un mismo texto pueda lograr una representación de interpretación idéntica.

Pero así como el lector tiene sus características especiales, también las tiene el texto a partir de lo que su autor representa dentro del contexto específico de su personalidad. De ahí que el proceso de comprensión de la lectura es una actividad interactiva que exige saber leer bien, aunque sepamos que no hay una sola manera de leer bien.

El texto es como una vela que ilumina; en él, según Frida Díaz y Gerardo Hernández, se encuentra el contenido temático, una estructura textual, un nivel de dificultad y extensión, la

significatividad lógica y psicológica, el formato y las ayudas y señalamientos que el lector, con sus habilidades psicolingüísticas, con sus conocimientos previos y con su actitud emocional será «capaz de leer humanamente, con todo su ser», como señala Harold Blom.

Y aunque se lea sólo para pasar el tiempo, para divertirse o por necesidad, a la larga se lee para reflexionar profundamente sobre nuestra condición humana. Para ello es necesario que el lector participe activamente no sólo siguiendo el curso de la linealidad textual, sino –como dicen, Díaz y Hernández– «probando interpretaciones, verificándolas, depurándolas, decantándolas y dándoles seguimiento para construir conscientemente la representación textual y el modelo de la situación del texto». Y el interés por leer se reavivará cuando tengamos la convicción de entender bien todas las palabras, de relacionar las ideas nuevas, y sobre todo cuando nos demos cuenta de que no perdemos el hilo de lo que estamos leyendo.

Cuando le encontramos sentido al modelo de la situación a la que el texto se refiere, es decir, cuando nos hacemos una representación en cuanto comprensión de lo que hemos leído, entonces sí, resulta fácil aplicar lo leído a nuestras diversas situaciones de realidad mundana y humana.

La reflexión, que es la mayor capacidad de sentido textual, nos motivará para la toma de conclusiones, dado que, cuando se es consciente de lo que se lee, se puede construir interpretaciones no «para contradecir o impugnar, ni para creer o dar por sentado, ni para hallar tema de conversación o de disertación, sino para sopesar y reflexionar», según el agudo criterio de Samuel Johnson en boca de Harold Bloom.

En conclusión, el sentido de reflexión sólo es posible cuando nos hemos apropiado de lo leído, cuando sentimos que lo leído está próximo a nosotros. Desde esta óptica la realidad

textual es una realidad de riqueza, de juego creador y de contemplación en su múltiples formas de encuentro expresivo, de luz, de belleza y de capacidad de sorpresa que el lector vive intensamente hasta lograr –según Alfonso López Quintás– un cambio espiritual en la forma de concebir el mundo y la vida.

MAGIA Y LECTURA

Para muchos, y de manera especial para los niños, la experiencia de la lectura es un hecho vacío, sin ninguna trascendencia, que cada vez que puedan evitar leer, lo hacen sin ningún empacho.

Resulta que, para el niño, la lectura no le significa nada, no tiene ningún propósito. Puede, incluso, haber desarrollado las habilidades para leer bien, pero sólo lo hace porque el maestro le exige y no porque se sienta fuertemente motivado para disfrutar y enriquecer su vida.

Es más, la lectura le resulta una experiencia totalmente ajena a su ego, cuando el niño descubre que al profesor y a sus padres lo único que les importa es que pueda leer técnicamente bien, sin equivocarse, sin importarles si su pequeña o gran personalidad se identifica con el encanto, contenido y mensaje de la lectura.

Desde luego que, saber leer bien técnicamente, es de una enorme utilidad práctica en la sociedad actual en la que el mundo de la información y de la comunicación nos invade por todos los lados del convivir humano; pero, tratándose de los niños, Bruno Bettelheim y Karen Zelan sostienen que

«lo que se necesita para hacer que el niño desee aprender a leer no es el conocimiento de la utilidad práctica de la lectura, sino la firme creencia de que saber leer abrirá ante él un mundo de experiencias maravillosas, le permitirá despegarse de su ignorancia, comprender el mundo y ser dueño de su destino. Porque es la fe la que enciende la imaginación y nos da fuerza para emprender las tareas más difíciles, aunque de momento uno no entiende cómo, por ejemplo, la lectura puede proporcionarle todas estas oportunidades maravillosas».

Que el niño sienta que se transporta a mundos desconocidos, que se fascine con los acontecimientos imaginarios y el poder mágico que despiertan las historias; pues, la magia y el lenguaje secreto ejercen un poder fascinante en los niños que los motiva a leer con deleite y a encontrarle sentido a lo leído.

Desde esta perspectiva, la lectura se convierte para el niño en algo importante, no sólo porque están en juego las más conmovedoras experiencias estéticas, sino porque la mente se estimula al más alto grado, de manera que, en estas condiciones, el niño se encuentra apto para aportar significativamente en el entorno de su pequeño mundo.

El asombro infantil ante el poder atrayente de una historia que encierra magia y ensueños influye tan hondamente que una persona puede verse afectada para toda la vida ante el mundo del arte en general; pues, siempre nos sentiremos tocados por esa magia que, incluso, desde una atracción irracional, nos conmueve en nuestras más hondas raíces, de suerte que a través de nuestras emociones nos proyectamos mediante la evocación en tantas de nuestras experiencias infantiles.

No es, por tanto, la lectura con carácter utilitario la que forma al niño; si no ve cierto poder mágico en lo que lee, el pequeño no muestra interés. La finalidad, en consecuencia, sobre todo en el campo de la literatura, debe poseer este poder mágico que es el deseable a los ojos y a la mente del niño.

Cuanto más atractivos sean los propensivos mágicos, mucho más fácil le resultará leer. Y la clave de esta realidad radica en que el niño no aprende a leer porque alguien le enseñe, sino que él –y esto es lo enriquecedor- por su cuenta aprende a leer dada la fascinación y los potenciales descubrimientos que desde el ámbito de la ensoñación mágica, puede, con agrado descubrir.

Fundamentalmente, cuando al niño se le enseña a leer, los esfuerzos pedagógicos del maestro deberían centrarse en la formación en cuanto desarrollo de una actitud interior que él debe aprender paulatinamente, antes que dedicarse al esfuerzo solamente de las habilidades lectoras. Los expertos señalan que el peor método para enseñar a leer al niño es el del desarrollo exclusivo de las habilidades, sobre todo la de aprender a descifrar. Bruno Bettelheim señala que «nada resulta más aburrido que tener que emplear el tiempo y concentrar la energía mental en cosas como los fonemas, el reconocimiento visual, el descifrado de palabras y la lectura de combinaciones sin sentido y de pesadas repeticiones de palabras. ¡Todo ello cuando el niño podría dedicar el mismo tiempo a la ‘entretenida diversión’ de leer una historia verdaderamente absorbente!»

No es que sea malo el adiestramiento para leer; pero, como señala Edmund Huey, debe separarse el adiestramiento o enseñanza de leer con la lectura como un mero ejercicio: debe primar siempre el interés en cuanto valor intrínseco de lo que se lee. En este orden, lo que importa es la obtención

del significado de frases enteras y no el énfasis en la pronunciación, por importante que ésta sea.

Y como los textos que vienen en los libros de lectura escolar están preparados más para la consideración de meros ejercicios, es que el niño termina por rechazarlos, excepto cuando se trata de textos de literatura auténtica que muestran las experiencias, los encantos y el pensamiento propiamente de los niños. El niño no es tonto, como algunos creen, por su tierna edad; por eso, cuando se le presenta historias que siempre terminan bien, es decir con un final feliz, no las acepta; enseguida nota la insipidez de la historia. Es bueno presentarle leyendas populares y cuentos de hadas (nos estamos refiriendo a los niños de primero y segundo grados, fundamentalmente). Pues, estas historias, a más de su atractivo universal, son cuentos que traen conflictos, avatares, triunfos, luchas, risas, llanto, dolor; es decir, lo que como humano atañe a cualquier persona y con mayor razón a los niños que, por la sensibilidad de sus sentimientos, saben receptar y analizar las realidades del mundo; y por ende, si la historia leída tiene sentido humano, el niño aprende a compenetrarse no para leer, para aprender a leer sino que aprende a leer sobre algo que para él tiene significado mientras aprende a leer.

Cuando el niño descubre que el libro de lectura que le dan para que aprenda a leer es aburrido, le es más difícil aprender a leer.

Mientras al niño no se le enseñe a percibir significados, y si no se lo motiva para que responda personalmente al contenido de la historia hasta que aprenda a sentirse a gusto descubriendo mensajes bien sea aceptándolos, rechazándolos o modificándolos, pues, el simple descifrado de las letras, la corrección y la mera pronunciación de las palabras, no irá más allá de meros ejercicios que no aportan nada nuevo para él y por ende serán lecturas carentes de todo interés.

VOCACIÓN LECTORA

*E*l día en que el lector seleccione el libro que prefiere y no el que le imponen, se habrá incorporado a la vivencia de varios cultos: a la de la libertad, a la de su vocación lectora, a la de la resistencia, a la de las oportunidades sociales y, sobre todo, a la del elogio de la grandeza humana.

Una gran mayoría de gentes en el mundo, millones de millones de personas no han podido aún, sabiendo leer y escribir, descubrir su vocación lectora: dificultades económicas, problemas de desigualdad social, y ante todo la ausencia de una auténtica formación familiar y de educación escolarizada han alejado a la población de los libros y de la lectura.

Al alejarse de este gran condimento de vida y de progreso humano, nuestra civilización se ha empobrecido al extremo de llegar a cerrar los horizontes de grandeza y de riqueza humanas que el hombre –varón y mujer– bien puede desarrollar desde la cultura de la lectura.

Dada la ausencia del libro, no porque no haya libros, sino porque no se los lee, vivimos un analfabetismo funcional que está llevando a una gran mayoría de la población a experimentar un tiempo vacío, deshumanizado, despersonalizado y lleno de hastío porque la gente no le encuentra sentido a la vida.

Ninguna meta profesional ni de vocación humanística puede alcanzarse así de fácil sino se desarrolla una vocación lectora. Muchos profesionales se lamentan por no tener éxito en su profesión, y por lo regular son siempre aquellos que no han hecho de la lectura un proyecto de vida. Al respecto, valga el siguiente pensamiento de la escritora brasileña Ana María Machado: «Si en el principio era el Verbo, palabra divina capaz de crear todo, ese verbo convertido en palabra humana no se realiza al ser escrito sino al ser leído».

El ocio bien entendido –sobre todo en una cultura como la nuestra, dada siempre a la ley del menor esfuerzo–, nos proporciona espacios valiosos para la lectura. Claro está que el gusto por la lectura no es algo que nos viene ya dado, es algo que se aprende paulatinamente, poco a poco y con esfuerzo y dedicación. Y si somos capaces de entender que la lectura es el paso más trascendental de la educación: lectura, educación y ocio se pueden muy bien complementar para dar paso a una auténtica vocación humanística, es decir, para dar paso al desarrollo de una real convivencia humana que es lo que nos hace falta, y con urgencia, hoy en día.

La especialista en motivación a la lectura, Cynthia Hertfelder, a propósito del ocio, señala que: «El ocio es un valor de nuestra cultura, pero el ocio verdadero no es hacer nada, sino aprovechar el tiempo libre para realizar actividades que, además de permitirnos descansar de nuestro trabajo, nos diviertan y nos permitan desarrollarnos mejor como personas».

El objetivo, entonces, es claro: ser mejor como personas a través de una vocación lectora adecuada, puesto que el acto de leer siempre, y desde cualquier ángulo humano, «implica al hombre entero –como dice Hertfelder–, a su inteligencia, a su voluntad, a sus sentimientos, modificándolo desde lo más profundo».

En este orden, no cabe duda de que la vocación lectora es un auténtico camino de realización y proyección humanas.

LECTURA Y BIBLIOTECA

Con mucha agudeza el pensador francés Daniel Pennac señala que la persona que «no sabe lo que lee, es ignorante en sus palabras, es una miseria». Penosamente esta misma realidad se reproduce en las bibliotecas del país. Al respecto podríamos decir que somos una miseria porque no conocemos la riqueza bibliográfica que existe en cada biblioteca. Y más preocupante es la situación aún cuando vemos cantidad de personas, sobre todo jóvenes, que acuden a una biblioteca no para leer sino simplemente para hacer deberes. Y no es exagerado señalar que el/la bibliotecario/a se ha convertido en un simple pasador de libros, en un cuidador y clasificador. Aunque esto no está mal, la función del bibliotecario va más allá.

El bibliotecario debe convertirse no sólo en pasador sino en motivador y mediador lector. Como señala Iván Égüez, hay que establecer la diferencia entre un bodeguero y un bibliotecario: «Las bibliotecas existen no en función de los libros que guardan sino de los lectores que forman».

En este orden, aparte de su formación técnica, el bibliotecario tiene la obligación moral de ser un gran lector. Si no es así,

no pasa de ser un bodeguero, como dice Iván Égüez. Al igual que el docente y el promotor cultural animan y forman en la lectura, en la misma medida, y quizá con mayor razón debe hacerlo el bibliotecario.

Es de una singularidad muy especial el hecho de que al bibliotecario la institución no sólo le paga para que pase, cuide y ordene los libros, sino también, y fundamentalmente, para que lea. De verdad que es una maravilla que le paguen a alguien para leer. Debe, entonces, cada bibliotecario aprovechar estos espacios para la lectura profunda, de manera que pueda motivar y sobre todo convertirse en mediador; pues, el lector novato necesita que se lo oriente, que se lo asesore, que se lo lleve de la mano hasta que dé con el texto adecuado dentro de esa ordenada sala funeraria —a decir de Égüez— en que se ha convertido la biblioteca; pues ahí yacen los autores en ataúdes en forma de libros, señala.

Aún más, el bibliotecario no debe esperar -muy cómodo y sentado en su «sala funeraria»-, a que lleguen los lectores: debe salir a buscarlos, es decir, debe planificar actividades para promocionar al libro y estimular a los lectores para que no acudan sólo a copiar la tarea que el profesor, en el caso de la educación formal, les propuso.

El novel lector debe saber que no basta con ir a copiar o a hacer deberes: debe saber que a leer, a través de un deber o investigación, se aprende cuando se va más allá de las palabras o de la simple tarea que hay que cumplir.

La lectura es un ejercicio de vida que el bibliotecario debe hacerla conocer, no sólo en la biblioteca, sino desde donde más pueda. Por ejemplo, en los colegios hay una gran oportunidad para que el bibliotecario acuda a las aulas para organizar programas de lectura a través de concursos, premios, ofertas, estímulos y etc., de actividades recreativas que comprometan

al alumno para que se sienta «dueño y señor» de la biblioteca. Que sepa, a través de su bibliotecario, en palabras de Égüez, que «la lectura debe considerarse un elemento crítico, dinámico, polisémico, abierto (...) que mientras lee fantasea, discierne, imagina y critica». Sólo así aprenderá a ser creativo, productivo y sobre todo atento al desarrollo humano y social de la vida.

Dentro de este orden, ¿qué tal si alguna vez (o cada vez que sea posible) el bibliotecario saca los libros al patio central del colegio!, para que a través de una llamada feria estudiantil, el alumno conozca lo que hay en su establecimiento sobre referencias bibliográficas.

Esto apenas es un ejemplo de cuántas cosas se podrían hacer con iniciativa, creatividad y buena voluntad en las bibliotecas no sólo de los establecimientos educativos sino en la de todas las instituciones públicas y privadas. Es hora de que haya un despertar de vida lectora en este sentido.

LA LECTURA ES UN HÁBITO PAUSADO

No es leyendo rápido ni leyendo cualquier cosa como se humaniza uno, cuando de aprender a vivir se trata a la luz de los buenos libros. La lectura siempre será un hábito pausado que desde el reposo mental activo nos lleva a la construcción de nuestras propias realidades.

Como en ninguna otra actividad, la lectura exige concentración profunda, y esto toma tiempo, madurez y reflexión para pensar y repensar lo leído. La lectura como actividad intelectual –siguiendo a Daniel Prieto Castillo- «es un vino raro que hay que cultivar para que madure, lo cual significa tomarse tiempo para pensar».

Si el escritor cuando escribe construye su propia obra, el lector al leer también construye su lectura. Dicho de otra manera, el escritor escribe y el lector co-escribe o recrea: sólo así la lectura tiene sentido. Como señala Michael Heim, el pensamiento rápido da poca posibilidad al funcionamiento de la concentración contemplativa. Por ello, cuando se aconseja que debe leerse rápido, es un absurdo porque así ni se comprende ni se disfruta. No es la rapidez, sino el reposo, o más bien dicho la disposición de un tiempo adecuado para, desde

el ámbito de los cinco sentidos, desde la serenidad y desde una tranquilidad absoluta, aprender a ser más como persona, y luego en las situaciones laborales y profesionales.

Los espacios públicos y privados que ocupamos, las relaciones humanas que manifestamos al calor de cada encuentro interpersonal, nuestras hechuras culturales, nuestros principios morales, la forma como asumimos la ciencia y los quehaceres cotidianos se ven modificados, en gran medida, a la luz de la lectura de los buenos libros que hayamos frecuentado. Por ello, a mayor concentración contemplativa, la riqueza que del texto se extraiga siempre será objeto de una relación directa a situaciones determinantes de la vida de las personas.

El espacio de la lectura, en este orden, sólo desde la soledad nos permite adentrarnos humanamente en la colectividad. Esta soledad, en cuanto aislamiento para enamorarnos del texto, sólo es vivible en la medida en que más nos enamoremos de él, es decir, en la medida en que más nos adentremos en esa soledad en la que sólo el texto y el yo busque un espacio de reflexión no como un ritual del simple estar, sino como una oportunidad de encuentro profundo que luego nos lleva más allá de nuestra soledad y de nuestro individualismo, porque la lectura nos permite crear las condiciones necesarias para desarrollar nuestra riqueza personal y nuestra vocación humana en la excelsitud del prójimo, de esa colectividad que siempre espera lo más granado de nuestras acciones humanas.

El lector, por lo tanto, es una promesa en el tiempo, y no tanto por la habilidad que logre desarrollar para descifrar símbolos, sino por esa capacidad para comprender que la lectura es una necesidad que requiere conocimiento, esfuerzo, concentración, paciencia y disciplina hasta lograr adquirir un comportamiento de «espiritualidad laica» —como dice Iván Égüez— que nos permita ver y comprender el mundo no con

inercia sino con la firme convicción de que la lectura como proceso dialógico nos encamina a ser capaces –según la lingüista Verónica Montero- «de leer en forma crítica y activa, es decir, de analizar, de relacionar, predecir, hacerse preguntas y buscar respuestas, de fragmentar y volver a juntar. En fin, se trata de co-crear.» Recrear en el sentido de que como lector no me quedo sólo en lo que el texto dice. Junto con el texto, o como buen pretexto de él, me promociono a través del camino de la abstracción para captar «lo otro en los otros» como ese algo vital de nuestra especificidad humana para el compromiso auténtico y la comprensión del mundo circundante.

ALGUNAS DISFUNCIONES EN LA LECTURA

*E*n algunas ocasiones hemos señalado que la mejor manera o el mejor método para leer bien es leyendo, aunque parezca pedante decirlo. Las dificultades y disfunciones se las puede superar justamente leyendo con total atención y considerando siempre cuál es el propósito con el cual se está leyendo.

Los defectos que aparecen en el camino de la lectura se dan, bien por la percepción visual o a través de la comprensión mental, que son los dos procesos que interactúan y hacen posible o difícil el mundo de la lectura.

Los defectos de la lectura se convierten –sino se corrigen a tiempo- en serias disfunciones que dificultan la comprensión y el ritmo de la velocidad normal que el buen lector debe adquirir como parte esencial de su mundo intelectual.

Así, por ejemplo, las *fijaciones* son dificultades que consisten en fijar la mirada en cada palabra leída y a veces hasta en sílabas y letras de esa palabra. Cuando se lee no hay que fijarse en cada palabra sino en grupos de palabras de conformidad con lo que los ojos avanzan a captar, como si se tratase de dar pequeños saltos para avanzar en el renglón leído de conformidad con el

golpe de vista que trata de captar varias palabras. En un renglón no debería haber más de tres o cuatro fijaciones o pequeñas detenciones a lo largo de la línea que se lee. A mayores fijaciones se produce una mayor lentitud para leer y por ende se presenta un bajísimo nivel de comprensión. Sólo cuando el texto es de gran dificultad las fijaciones aumentan. En todo caso, así no se entienda el significado de la palabra, es necesario avanzar hasta donde termina el párrafo, porque de lo que se trata no es de encontrarle sentido a cada palabra por separado, sino de captar las ideas que el texto tiene.

Es necesario, entonces, esforzarse por leer el mayor número de palabras en un solo golpe de vista, así en un inicio no se entienda mayormente lo que se lee. Desde luego que fijarse en el mayor número de palabras en un solo golpe de vista tampoco tiene sentido si no hay una adecuada concentración y atención mental para captar no la palabra sola sino el conjunto de palabras por golpe de vista como un conjunto dotado de significado.

También se presentan defectos a través de movimientos corporales inadecuados como el caso de señalar las palabras con el dedo, con un lápiz o con un papel o regla para no perderse en la lectura, dado que puede uno saltarse el renglón que se lee. Este defecto, aparte de retrasar la velocidad, disminuye la concentración mental, por la sencilla razón de que el ojo del lector se distrae al observar un objeto extraño al de las letras de cada palabra del renglón que se está leyendo. Un buen método para olvidar este defecto es cruzar los brazos mientras se lee, de manera que las manos no tengan ninguna libertad de movimiento sino sólo para pasar la página leída.

También debe superarse el defecto de las *regresiones*, es decir de aquella actitud de retroceder para volver a leer una palabra, una frase, una oración o el párrafo. Aquí el pretexto radica en

no haber captado la idea o la palabra leída; o, a veces, la regresión se produce por la simple y mala costumbre de regresar adrede. Aquí lo que hace falta es atención y concentración en la lectura; y, si el texto es difícil o si su estilo es muy complejo amerita volver a leer, pero debe hacérselo una vez que se haya concluido con el párrafo completo, porque de lo contrario, la comprensión se tornará mucho más difícil, dado que, cada vez que se vuelva a leer, se estará rompiendo el hilo del pensamiento.

Mover los labios mientras se lee en silencio es también otro defecto de vocalización. El problema de este defecto es que al mover los labios el lector está pendiente de cada palabra. Este defecto, a más de retrasar la velocidad lectora, no le permite mantener una agilidad mental adecuada para leer con facilidad el curso del pensamiento y poder captar las ideas del autor. Pues, no se trata de la importancia de la palabra sino de la idea que en cada bloque de lectura se trasmite en el texto. Por lo tanto, éste y cualquier otro defecto sólo se lo puede superar si el lector está pendiente de leer activamente tratando de captar la idea del autor; esto permite llegar a una comprensión plena del todo y hasta de los detalles que el texto contiene.

DISFUNCIONES GRÁFICO-FÓNICAS EN LA LECTURA

*L*eer bien siempre supone grandes ventajas para cualquier lector. Sobre todo, lograr que la lectura sea eficaz, no sólo que es una exigencia de la vida académica, profesional y cultural, sino de la vida moderna que nos obliga a estar atentos de las últimas novedades nacionales y mundiales para poder relacionarnos mejor y optar por una auténtica calidad humana, que es a lo que nos debe llevar toda actividad lectora, independientemente de la función a la que esté destinada; de manera especial, si se posee las habilidades suficientes para leer, tal vez sea lo máspreciado que hoy en día puede adquirir el hombre actual.

Sin embargo, hasta hoy no ha sido fácil lograr que todo mundo se vuelva lector hábil y habituado a leer permanentemente; con mayor razón, cuando aparte de la pereza intelectual, el pretexto de la falta de tiempo, de la falta de voluntad y de motivación, se presentan una serie de dificultades personales que en calidad de disfunciones atrofian el fluir de una lectura adecuada.

A veces las disfunciones son gráfico-fónicas dadas las dificultades que se presentan al momento de leer para reconocer

el sonido que representa una letra o una palabra en particular. Estos defectos o disfunciones no son difíciles de corregir si a tiempo se es consciente del defecto para poner todo el empeño y poder leer con la mayor fluidez.

A continuación presentamos algunos casos de disfunción que se presentan, sobre todo en los lectores recién iniciados o poco cuidadosos para leer adecuadamente.

Por ejemplo, un caso muy común es el de rotación; este caso se da cuando el lector cambia una letra de la palabra por otra de similar forma, por ejemplo: cata por capa, dale por vale, letra por lepra, bola por boda.

La inversión es otra disfunción parecida a la de rotación; se da cuando se activa la secuencia correcta de las letras de una palabra: se lee licen por lince, miscrófera por micrófera, misda por midas, plástica por pláticas.

También se pronuncia mal por omisión, es decir cuando se suprime una o varias letras de una palabra: salente por saliente, pasado por pasador, cácel por cárcel.

La disfunción puede ser también de agregación, cuando se añade una o más letras o se repite la letra o sílaba de una palabra, así por ejemplo: excrecenicia por excrecencia, disfracción por difracción, disgresión por digresión, policicia por policía, barroco por barroco.

La confusión es otra disfunción que se caracteriza por el cambio de una letra por otra que tiene una pronunciación similar o a veces ninguna similitud con la palabra aludida; por ejemplo: pata por pala, sola por sala, hemipicio por hemiciclo, Indopesia por Indonesia, bafia por pifia.

La disociación es también disfunción cuando de manera equívoca se fragmentan las unidades silábicas de una palabra, por ejemplo cuando se lee pa-lil-lo por pa-li-llo, si-e-rra por sie-rra, mar-i-nero por ma-ri-ne-ro.

Otra forma de disfunción gráfico-fónica es la de contaminación cuando el lector mezcla letras y sílabas de una palabra, a veces por leer rápido o por no fijarse bien en la palabra, dado que a veces esa palabra no es familiar y por lo tanto no consta en la memoria semántica del lector. Así sucede con palabras tales como: cotaminación por contaminación, trapolín por trampolín, amantado por amamantado, comporáneo por contemporáneo, crebilidad por credibilidad.

Es bueno que el lector principiante, sobre todo, repare en este tipo de disfunciones, para que a tiempo corrija estos defectos que no le permiten leer con eficacia y tampoco le van a permitir llegar a una efectiva comprensión y valoración del texto leído.

LOS ERRORES DE LECTURA

Cuando el niño comete un error de lectura, por lo regular se cree que se debe a su falta de capacidad, de conocimiento o de atención. Como que poco importa saber si lo que el niño lee tiene o no importancia para él.

Hay que recordar que sólo lo que interesa se vuelve significativo; y, si de leer se trata, los errores serán menos frecuentes en la medida en que lo que el lector lee sea de interés para él.

Además, los errores, según los expertos, siempre están relacionados con lo que al momento de leer, le preocupa mentalmente a ese lector. En las investigaciones que por años han llevado a cabo Bruno Bettelheim y Karen Zelan, sostienen que «la persona comete el error porque, subconscientemente, ya está ocupada con los pensamientos que justifican dicho error».

Por eso es tan importante que el lector sienta interés y placer en la lectura para que los errores, no sólo gráfico-fonéticos, sino de interpretación, sean mínimos. Si el material de lectura no logra estimular la mente del lector, se cree que las presiones inconscientes, por mínimas que sean, afloran y bloquean el intento de leer debidamente las palabras.

Y si a esta realidad se suma un ambiente poco acogedor para leer, los errores tienden a aumentar. La cognición se ve afectada,

por ejemplo, cuando, al no haber un aprendizaje motivador, el lector, por asociación, le viene a la mente una palabra por otra; su distracción aumenta en la medida en que el ambiente es más negativo; desde luego que las asociaciones serán no para aprender sino para despistar al lector, en virtud de que se trata de asociaciones que afectan la concentración cognitiva.

Según los investigadores antes mencionados, «la cognición empieza a ceder ante exigencias inconscientes en lugar de atender exclusivamente a la realidad.»

No se trata, por consiguiente, de aseverar que es la ignorancia o la falta de habilidades o alguna deficiencia neurológica la que le impide al novel lector leer adecuadamente. Cuando el aprendizaje de la lectura se basa en estas suposiciones, el pedagogo lo que está haciendo es poner limitaciones al lector que, lleno de vergüenza, por el posible error que le han señalado, disminuirá su interés para leer, y el desaliento hará que dirija su coraje no sólo al maestro, sino a la lectura y al sistema educativo en general.

La actitud para leer siempre debe ser positiva, tanto del que enseña como del lector que aprende. No es que señalando la equivocación cometida se aprende a leer. La inseguridad aumenta en la medida en que con más frecuencia alguien le señale el error. Si, por el contrario, aparece la buena opinión, el aliento, y siempre esa seguridad de que sí es posible leer adecuadamente, entonces, se reforzará el esfuerzo para afrontar una situación difícil y corregir el error por iniciativa propia, sin que nadie le esté señalando su equivocación.

Los errores, por lo tanto, deben ser tratados con comprensión y benevolencia; deben ser reconocidos como actos de autoexpresión, dado que se trata, como hemos dicho, no tanto de falta de habilidad lectora, sino de procesos inconscientes y de pensamientos dominantes temporales.

No es que por un error la lectura nos puede llevar por otros caminos; si el lector sigue leyendo, el error se corrige por el contexto de lo que se sigue leyendo; pues, el lector se dará cuenta de que se ha equivocado. Es más, cada vez que, en sentido general, se ha captado el significado del texto, la comprensión siempre será plena, aunque de momento no se haya leído todas las palabras tal como están escritas.

Los errores de lectura, si no se enfatiza en las supuestas debilidades que el lector tenga, no son un fracaso; constituyen más bien un importante desafío para adentrarse con más firmeza en la lectura.

LIBERTAD Y FELICIDAD LECTORAS

Cuántas tentaciones, cuántos secretos y formas propias de pensar el mundo se aproximan frente al acto provocativo de la lectura. Saber que leyendo se afianza y se ejercita la memoria, la imaginación y la reflexión de una manera autónoma hasta sentir que leyendo se vive el mundo, es, ante todo, saber que hay una gran oportunidad para encontrar respuestas que la vida y la realidad cotidianas no nos ofrecen de ninguna manera.

El ejercicio de la libertad es auténticamente pleno si al leer no me veo obligado a hacerlo; por el contrario, me asalta un acto de felicidad que pone a circular todo el deseo que como lector tengo para, desde la mayor y mejor privacidad, confrontar el texto, no tanto para encontrar un mensaje unidireccional, sino para encontrar múltiples significaciones.

Y las diversas significaciones se dan porque no es posible encontrar un lector idéntico a otro. Cada lector tiene el derecho de disfrutar de la manera en que, de conformidad con el conjunto de su personalidad, le es posible hacerlo. Como dice Silvia Adela Kohan, habrá lector: «Obediente, desvergonzado, atento, indiferente, erudito, exaltado, morbosos, atrevido,

anárquico, dominante, tímido, narcisista, culposo, soberbio.» En fin, cada lectura, dependiendo de la actitud del lector, deja una huella que, si no es imborrable, al menos nunca más se vuelve a ser el mismo después de cada lectura.

Desde luego, no es que el libro nos resuelve todos los problemas; lo bueno es la invitación atenta, a veces furiosa, atrevida, motivante, resuelta, que la lectura provoca para imaginar, soñar y explorar el mundo de una manera muy diferente a como lo hiciéramos sin la compañía del texto.

Ahora bien, la felicidad y la libertad para leer no se las consigue de la noche a la mañana. Lograr que el texto sea un territorio atractivo es afianzar la espontaneidad lectora a través de un entrenamiento cognitivo permanente, de manera que cada símbolo gráfico sea transformado y procesado en el cerebro en conceptos e ideas intelectuales que permitan la confrontación crítica con las ideas que el autor manifiesta en el texto.

Se es feliz cuando se lee, si el lector sobrepasa la mera recepción, es decir, cuando de la pasividad se logra una intensa actividad cerebral que permite distinguir, clasificar, discrepar, analizar, almacenar y procesar la información leída; claro está, esta actividad es un acto privado, no puede ser impuesto, porque, automáticamente, la libertad y la felicidad desaparecen. En este orden, desde la libertad, el gozo es mayor cuando el lector descubre que una lectura jamás es igual a otra, incluso del mismo texto.

Sólo cuando el lector se abstrae del mundo para encontrarle sentido a la lectura, el gozo es grande y el hecho de la libertad aparece como un acto no sólo de recepción ni de procesamiento intelectual y espiritual, sino de creación permanente, porque del texto, el lector puede hacer lo que él quiera; pues, si su intención es sólo conocer, que conozca; si de descubrir se trata, que descubra; si de saber, que sepa; si de vivir otras

vidas, que las viva; si de remover sus emociones para distraerlo, divertirlo, transformarlo, que lo haga; si de leer para pasar el tiempo se trata, adelante; si de recordar o de olvidar es la intención, que así sea.

Libertad y felicidad lectoras no son cualquier cosa; y, si, en buena medida, se trata de un placer sensual, es bueno saber, como señala Silvia Adela Kohan, que no se trata de «un placer en si mismo, sino apareado al conocimiento del mundo, al encuentro de respuestas».

FORMAS E IMPRESIONES LECTORAS

*H*ay muchas razones por las cuales un lector ingresa al territorio del texto. Lo importante es que, sean las razones que fueren, esté siempre motivado para que el texto le abra un campo novedoso en provecho de su bienestar personal, familiar, social, profesional y espiritual en cualesquiera de los frentes de impresión que el lector, con entera libertad asume.

Por ejemplo, asumir la lectura como medio de profundizar la vida es tan saludable como alimentarse para seguir viviendo.

Como acto de libertad, es quizá una de las más fundamentales formas lectoras, porque, como lector, elijo el tipo de lectura que más me place y, sin que haya presión de ninguna naturaleza, me doy el lujo de mantener un diálogo privado con el texto, sin que nadie interfiera ni ponga condiciones que no sean las que mi propia naturaleza humano-lectora las establezca con mi interlocutor: el texto.

Otra forma lectora es la de saber movilizar activamente el pensamiento, puesto que, como lector, hago todo un esfuerzo mental para entender lo que el texto me sugiere, más allá de lo que directamente aparece en él.

La activación de la mente me lleva a ejercer una práctica de la crítica; de una o de otra manera, llega un momento en que estoy en condiciones de analizar, cuestionar y discutir, claro está, a mi manera, lo que el autor me propone en el texto.

En otros casos, la única forma de lectura consiste en encontrar respuestas que no me son posibles encontrar en ningún otro lugar. Encontradas las respuestas, no me interesa continuar con la lectura del texto.

De otra parte, frente a la soledad, el texto me sirve como una elección de alguien muy especial para convivir con él dignamente; así, evito la modorra, la incertidumbre, el tedio y el mismo cansancio a la vida que la soledad me provoca. En este orden, el texto se convierte en una especie de tabla de salvación frente a lo adverso que la vida me puede representar personalmente. En este caso, el texto no es ni forma de conocimiento ni de placer propiamente; es, más bien, tomar al texto como forma de compañía.

Silvia Adela Cohan nos dice que otra forma para asumir la lectura es como modo de registrar la realidad; a través del texto puedo enterarme de momentos históricos especiales, de lugares, de personas y de hechos que en mi realidad pueden llegar a ser muy representativos.

Como forma fascinante de compenetración en otros mundos de fantasía, de aventuras, de conocimiento, de exploración, de investigación, o por la simple curiosidad de adentrarme en lo desconocido, son también formas lectoras interesantes.

Desde una actitud estética, puede ser simplemente el goce de la palabra escrita la que me lleva a distraerme, a divertirme, y sobre todo, a sentirme bien interiormente, porque la palabra bien escrita, elegante, finamente expuesta, absorbe, atrapa; como un imán me atrae y me obliga a meterme, sin resistencia, en la historia que me seduce por el encanto y la belleza que las

palabras ejercen, no tanto porque de ellas aprendo, sino más bien porque me complazco leyendo.

En fin, a veces se lee para averiguar qué es lo que el texto me está comunicando o, sencillamente, porque quiero confirmar lo que sé que de alguna manera es así. En otras ocasiones, lo que me interesa es revivir emociones experimentadas o conocer la diversidad de reacciones humanas que en el campo de las ciencias humanas y experienciales han podido recoger cantidad de autores y expertos a lo largo de la historia humana.

Finalmente, puede ser que haya lectores que toman al texto como desafío o como único medio para mantener viva, despierta y activa su mente. En la lectura, pues, toda búsqueda, forma o impresión, debe ser siempre respetada.

INTERACCIÓN Y LECTURA

La interacción nos lleva a una comprensión lectora bastante adecuada. El lector, en este caso, ha podido adquirir algunas técnicas que le ayudan a comprender lo que lee. Por ejemplo, y aunque parezca sencillo, descubrir la tesis, es decir, la idea principal y diferenciarla de las ideas secundarias y de los demás detalles del texto, es quizá uno de los mayores logros lectores. Reconocer el valor que tiene una lectura, saber elaborar el resumen, desarrollar el espíritu crítico e identificar los distintos tipos de estructura de un texto, facilita enormemente la comprensión.

De manera especial, ¿cómo se potencia la interacción? Si el lector transforma permanentemente el texto en preguntas: dónde y cómo está conformada la tesis, por qué es importante esa tesis o idea principal, cuáles son los detalles más significativos que acompañan a esa tesis, cómo ha organizado la información el autor, es coherente o no dicha organización, qué aspectos son los que al lector más le interesan, qué significan exactamente las ideas; y, en fin, todas las preguntas que permanentemente pueda hacer el lector mientras lee, le serán siempre de vital importancia porque así la lectura y el texto

tendrán sentido, y por lo tanto podrá dársele la validez que al texto le corresponde.

El lector que comprende un texto sabe que los detalles le dan credibilidad a la tesis o idea principal. Por ejemplo, las descripciones, el aporte de hechos concretos y de razones o explicaciones en torno a la tesis son detalles que cuando el autor sabe puntualizarlos, se convierten en ideas secundarias que, aunque no tienen la misma importancia que la tesis, permiten apuntalar, precisar y confirmar el valor que esa idea principal o tesis tiene en el desarrollo de la lectura.

La interacción también es posible gracias a la comprensión de los términos específicos que en el mundo humanístico, científico y técnico cada disciplina maneja como una jerga o vocabulario especial que el lector debe dominar para que comprenda lo que está leyendo. Cuando se desconoce los términos específicos de la disciplina que se está leyendo, el grado de comprensión prácticamente se anula.

El buen lector conoce también que los autores a veces se sirven de clasificaciones, de relaciones de causa-efecto, de comparaciones, de contrastes, de secuencias y de ejemplos que sirven para organizar el texto, para categorizarlo en contenidos y apartados apropiados, para presentar consecuencias, resultados, productos, para establecer nexos entre conceptos abstractos e ilustraciones, para buscar diferencias o similitudes, para presentar acontecimientos de forma lógica y cronológica y de circunstancias que como estrategias el autor concreta con miras a que su texto sea entendible y ante todo comprensible, y cumpla los objetivos propuestos, en manos, claro está, de un buen lector.

Ahora bien, la interacción no se queda sólo en la comprensión. El buen lector sabe que tiene que ir más allá de la lectura literal y de comprensión. Una vez que analiza la

información leída, la transforma o traduce en pensamientos propios para, desde su concepción personal, adentrarse en el mundo que le rodea.

Insistimos: adquirir información para lograr conocimientos así porque sí, no tiene sentido sino se llega a una auténtica interacción, que es la que le permite al lector educarse para un cambio conceptual que le permita enfrentar el mundo desde una óptica más racional y humana.

EL BUEN LECTOR

Si cuando al leer se descubre la vida en los libros y, al igual que en el amor, nos realizamos en la medida en que encontramos lo que nosotros mismo llevamos, entonces es porque es posible vivir mejor.

Leer, releer o volver al libro es adentrarse con el espíritu absorto, igual que cuando el ser amado se compenetra consciente y amorosamente en su consorte con el ánimo de afirmarse y conocerse a profundidad.

Areverse a abrir un texto hasta llegar a la libre y consciente elección de que poseo el deseo de leerlo es un objetivo que confirma mi inclinación no sólo para leerlo sino para abandonarlo cuando quiera, sin que por ello me quede culpa alguna.

La libertad al leer es tal que leo cuando me apetece, sin importar el lugar, la hora, la edad, el sexo, el maltrato, el entorno; en fin, lo importante es qué apetece leer, sin intermediarios de ninguna clase, y sin importar el tipo de lector que uno sea: realista, romántico, intelectual, espiritual, humanista, cientista, estético, etc.

El proceso lector nos crea la necesidad de ampliar el contacto con el mundo exterior; pues, la curiosidad, la reflexión,

la creatividad, la fantasía y el pensamiento riguroso le son inherentes al buen lector que, a través de la imaginación, de la memoria, de su sentido crítico y artístico, puede llegar a aportar y a crear condiciones personales muy especiales para enfrentar el mundo real con el mayor sentido humano que desde la generosidad y la responsabilidad puede brindar todo lector activo.

El buen lector no es el que más lee, aunque lea mucho, desde luego; ni es aquel que toma la lectura como vicio; su atención plena al sentido de lo que lee lo hace que aprenda a hacerse persona, leyendo. Y no se trata de leer cualquier cosa. Existe cantidad de basura que no debe leerse. Sólo el buen lector puede discriminar lo que debe y no debe leer. Sólo el buen lector tiene sus intereses y sabe por qué los tiene. Sólo el buen lector es el que logra desarrollar un buen gusto por la vida y un sano amor por todo lo que hace.

Con la lectura es cuando más se activa el cerebro, desde luego si no se trata de una lectura mecánica. La lectura, cuando es activa, promueve la asimilación, la calificación y la interpretación en lo más hondo del espíritu humano. En este orden, el buen lector es un ente activo que apunta a la comprensión no para «tragarse» la información sino, especialmente, para recrearla y procesarla hasta el punto de llegar a reconstruir la obra. Así es, como el buen lector, en cierta medida, se convierte en coautor: primero porque aprende a compartir la validez del texto; segundo porque aprende a expandir y a completar su sentido; y, tercero, porque una buena lectura siempre implica la consumación de un mensaje abierto, dada la disposición creadora y de colaboración que el buen lector tiene para, al leer, no agotar su sentido en una sola lectura, es decir, en una sola interpretación.

EL LECTOR ACTIVO

*E*l lector activo no se contenta con lo que literalmente ven sus ojos en el texto; se convierte en parte del texto para completar su sentido. El lector activo, si se trata de lectura de ficción, se recrea leyendo; en cambio, el lector pasivo «se traga» el texto; no lo digiere para disfrutar sino para simplemente pasar las hojas. En el caso del resto de lecturas de no ficción, el lector pasivo se contenta con localizar la información que le obligan a leer; en cambio, el lector activo lee no sólo para informarse, sino para comprender y aportar desde la investigación y la reflexión, poniendo en juego su más alta capacidad de imaginación y de interiorización humanas.

El lector activo posee un alto grado de colaboración y de «hechura» del texto, puesto que no asiste para ver pasar las líneas que, repletas de palabras, no dicen nada, sino da pie a la interpretación que el lector activo encamina desde el ángulo de sus objetivos hasta lograr del texto un pertinaz desciframiento creativo.

El lector activo se identifica con lo leído, incluso, hasta cuando no está de acuerdo con lo que el autor expone.

Hablamos de identificación en el sentido de conocer y auscultar a profundidad la información para discrepar, objetar y cuestionar esa información, si fuere del caso.

El lector activo se emociona, se divierte, se fascina no sólo porque asimila y analiza sino porque pone en juego su imaginación para apreciar, en primer lugar, el carácter estético de la obra, y en segundo lugar, porque es capaz de, consciente e interiormente, interpretar, desde su ideología, desde su historia y desde su condición social, lo leído, que en la medida en que más se emociona o se adentra en la obra, más lecturas provoca.

De otra parte, el lector activo lee más del contexto que del texto. Se diría que cada lector lee su propio texto; por lo tanto, esa lectura es intransferible. Cada lector, sobre todo el activo, tiene sus propias lecturas, dada su condición personal que para organizar y evaluar lo leído tiene.

Desde esta óptica, el lector activo siempre encontrará cosas no dichas directamente en el texto; y esto es lo enriquecedor, puesto que sabe descifrar lo que subyace a través de alguna vía, y sobre todo de la intuición que logre aflorar mientras recorre atentamente cada línea y párrafo del texto.

Entonces, no se trata sólo de detenerse en el argumento narrado, en el resumen o en el mensaje: éstas son limitantes que no corren para el lector activo, puesto que desde estos aspectos muy poca capacidad de interpretación y de reflexión puede extraerse.

Y así como cada texto es único e intransferible, también lo es el lector activo. Pues, cada lector activo posee sus propias características y tiene pautas adecuadas para construir su camino lector.

Por lo tanto, no hay recetas que sirvan para leer. El lector se hace leyendo. Y aunque se empiece por el significado literal de los signos, con el andar del tiempo y con empeño se aprende a

interpretar culturalmente la realidad, no sólo la del texto, sino la de la vida en general. Así es, en algún momento, sin necesidad de recetas, aprendemos a trascender el significado de los signos, es decir, aprendemos a leer contextualmente, porque hemos intentado penetrar en aquello que se esconde detrás de cada palabra, frase, oración, cláusula o párrafo.

En conclusión, el lector activo, es decir el buen lector, no es el que lee textualmente, sino –aunque lo textual le sirve de principio- el que lee contextualmente.

LECTURA E IMAGINACIÓN

Cuando se lee, no sólo que se asimila y se analiza; la lectura exige una actividad fundamentalmente imaginativa y por ende recreativa que exige de cada lector deducir significaciones más allá de lo escrito. De alguna manera, se diría que se coteja lo leído con los criterios propios que le son característicos a cada lector.

La capacidad imaginativa de cada lector conduce al buen lector a descifrar lo que subyace, lo que no consta literalmente en el texto. Y, aunque el texto tiene su propio nivel discursivo, el lector lee, no textual sino contextualmente, hasta hacerse también su propio nivel discursivo, porque el texto y el contexto le permiten al lector llegar a obtener una línea de pensamiento que no necesariamente coincide con lo que el autor propone en su texto.

Incluso, antes del mismo contacto con el texto, ya existe un espacio imaginativo debido a que nuestro pensamiento se pone en juego justamente para poder llegar al texto. El texto evoca muchas asociaciones e inquietudes de diferente índole. ¿Qué ideas contiene? El carácter emotivo, ideológico, sociológico, intelectual, cuestionan al lector a la hora o antes de la lectura.

Ya en el texto, el poder de la imaginación lleva al lector a abstraerse del mundo real hasta adentrarse en el mundo textual y encontrarle sentido a través de un acto de creación permanente.

La lectura es un acto silencioso que proyecta espacios luminosos que rompen con la linealidad y la lógica del propio texto de conformidad con la capacidad imaginativa del lector.

Las palabras se bifurcan, se resemantizan, adquieren diferentes guiños. A veces parecería que el texto es un juego recreativo que dice mucho en lo poco que aparece en él. Pues, el texto siempre dice más de lo que dice y, a veces, según sea la calidad del lector, puede expresar algo distinto.

El texto, para Silvia Adela Kohan, «enuncia y anuncia, pronuncia lo que creías impronunciable, festeja tu llegada: atraviésalo y déjate atravesar, después planifica tu partida definitiva o tu perpetuo deambular por él, tu eterno retorno (¿tu periódica recreación?)».

La imaginación y la creatividad no son fortuitas. El festejo de la llegada del texto, como sostiene la autora en mención, se da porque, luego de un buen recorrido lector, la mente se convierte en una representación potente y profunda que permite, luego, aplicar lo leído a diversas situaciones, de conformidad con el nivel de reflexión que conduce al lector a la derivación de conclusiones sobre el texto leído.

Por eso, cuando de recreación, de imaginación o de creatividad lectora se habla, es porque de antemano, el lector ya posee unas habilidades de descodificación textual que son las que –según Frida Díaz Barriga y Gerardo Hernández Rojas– hacen «tomar conciencia de que leer consiste en construir interpretaciones a partir de la información contenida en los textos».

En conclusión, imaginar y recrearse con el texto es saber interactuar con él de conformidad con las experiencias personales y culturales que son las que mediatizan el encuentro de realización con el texto.

LEER PARA APRENDER A LEER

*E*n la educación escolarizada en general muy poco se aprende a leer e como un goce estético, sencillamente porque se ha convertido más en un objeto de evaluación que de enseñanza.

Si se quiere aprender a leer bien, se lo hará desde la no restricción y desde la ausencia de la evaluación en cuanto medición o sanción. Se aprende a leer leyendo en la más absoluta libertad. No son las normas ni las recetas las que nos enseñan a leer. La necesidad de leer se la llena leyendo. No hay fórmulas mágicas que nos enseñen a leer si no es leyendo.

Desde luego que las lecturas programadas que se aprenden en la escuela deben servirnos para un contacto permanente con la vida social. Y desde ese ángulo se aprende equivocándose, deletreando, atrancándose, gozando, teniendo rabia, etc., pero sobre todo a partir de los conocimientos previos que el alumno tiene y, como señala la lingüista colombiana Gloria Rincón Bonilla, «hasta haciendo intertextualidad con conceptos abordados en otras áreas». Aquí, el papel del profesor como mediador es importante pero en la medida en que el lector no dependa exclusivamente de la interpretación del

maestro. Es necesario que el mediador aprenda a confiar en las posibilidades de interpretación del niño o joven lector, por equivocadas que éstas sean. Poco a poco, a mayor libertad en la interpretación, el lector aprenderá a ser responsable de la construcción para interpretar y hacer inferencias de diferente índole. Por eso, a mayor lectura, más posibilidades de autonomía y de búsqueda de caminos para validar las concepciones teóricas textuales y de hechos de vida.

Aprender desde la lectura es aprender a vivir desde una significación intensa que le abrirá campos insospechados de posibilidades para realizarse personal, social y profesionalmente. Son espacios de privilegio porque a través del esfuerzo lector se constituyen en encuentros de salvación, de compromiso y de una enorme responsabilidad formativa dada la vía de unión que el lector establece con lo cognitivo, con lo emotivo, con la necesidad de identidad y con la vida misma en cuanto el lector tiene la enorme posibilidad de aprender a escoger lo que le sirve y no le sirve de la realidad.

Si leo para aprender a leer estoy también aprendiendo a humanizarme, es decir, estoy aprendiendo a significar el ser, la vida, el prójimo, el Absoluto, la supervivencia, la trascendencia. En fin, leyendo se abren las puertas de la fantasía pero también de la realidad. Como dice Mary Edith Murillo Fernández: «Basta con escoger el libro que nos hechizará, abrirlo y leerlo, no es más, el resto... es aventura.»

Así es, no es más que leer y leer hasta lograr que la destreza de la lectura se vuelva necesaria para el manejo de la información, del conocimiento y ante todo como una actividad humana que propicie el desarrollo de cómo aprendo, qué aprendo y de qué manera fomento el desarrollo del pensamiento creativo, crítico, humanístico e independiente, de manera que no sólo me vea competente para adentrarme en el vasto mundo del

conocimiento y de las habilidades para navegar en el océano de la información, sino, fundamentalmente, que aprenda a ilusionarme, a tener sueños e ideales y proyectos de vida que me hagan ver que el horizonte de la vida es tan bueno y saludable que me siento con la suficiente capacidad para aprender de la vida, porque leyendo soy capaz de aprender a realizarme como ser humano toda la vida.

LECTURA Y ÉXTASIS

*L*a lectura es de una enorme dimensión creadora y re-creadora en la medida en que de ella el lector puede asumir los más significativos valores y principios humanísticos que son los que animan el acontecer intelectual y humano de todo buen lector.

La lectura es, por consiguiente, enaltecedora de los valores trascendentes del hombre porque le permite ir mucho más allá del estado normal que uno tiene antes de leer; se trata de un estado de plenitud, es decir de una conciencia extática, activa, en la que, gracias al poder de concentración mental del lector, le es posible extasiarse, dado que el lector experimenta intensos sentimientos de recreación, de admiración, de inspiración, de contemplación, y de una hermosura bellamente sentida dada la calidad que el texto representa.

No se trata de un éxtasis para quedarse embobado, sin ánimo, o de una salida de sí que causa enajenación y pérdida de dominio de sí. Como sostiene el filósofo español Fernando Rielo: «El éxtasis es un estado activo en virtud del cual el hombre aparece transido de un apetito insaciable para alcanzar un fin perfecto para sí mismo y para la comunidad».

Puede espantarnos el hecho de que a través de la lectura se alcance un fin perfecto. Si se entra en éxtasis, el alma o la

realidad interior está animada y profundamente motivada para hallar la mayor plenitud de realización lectora. Pues, en este estado, el lector puede entender y extraer lo substancial del texto según sean los propósitos lectores. La perfectibilidad está en ese esfuerzo de superar los propios límites de comprensión y de asimilación textual para compenetrarse progresivamente mucho más allá de lo que el texto dice e ir en pos de aquellas realidades que con iniciativa y alto poder creativo el lector puede descubrir para que, al realizarse personalmente, pueda proyectarse con la mayor plenitud en cuanto sugerencias, aspectos nuevos, propuestas y un cúmulo de ideas y valores que pueden surgir no para el gozo del ensimismamiento personal sino para la atención y dimensión trascendente.

Y es que ninguna lectura puede quedarse con el lector; pues, el peligro del engreimiento, de la vanidad y del orgullo pueden ser tan perjudiciales para el lector que en vez de extasiarse puede llegar a embrutecerse a tal grado que sus conocimientos no le sirven para realizarse sino para que su condición de persona se deteriore: su riqueza interior llega a perderse.

El éxtasis, en la lectura o en cualquier otra actividad humana, siempre es positivo, es decir, nos lleva a actuar con sentido de responsabilidad y de entrega generosa para promovernos, en este caso, a través de la lectura, a otras actividades de carácter socializante. Por algo el éxtasis proyecta a la persona fuera de sí para ir en busca del tú para valorarlo y servirlo.

El esfuerzo vivido y la pasión positiva de la lectura se dan gracias a ese poder extático que nos envuelve con su capacidad creativa para encaminarnos en nuestras distintas aspiraciones hacia dimensiones personalizantes, en las que nuestro espíritu humano es capaz de experimentar los más altos ideales de realización en orden a la perfección trascendente de cada uno de nuestros actos lectores y de las diferentes actividades personales en general.

SICOÉTICA Y LECTURA

*L*a sicoética es una disciplina nueva que trata de formar, desde la más alta consideración humanística, la conciencia extática de cada ser humano para que alcance el mayor desarrollo de su educación.

La sicoética no trata de unir dos disciplinas para que cada una por su lado aporte lo que desde su ángulo de acción ha venido aportando. No se trata de dos disciplinas yuxtapuestas, es más bien desde su interactividad cómo la sicoética busca las mejores formas de trato y de acercamiento personal para ponerse a la disposición del otro para, a partir de un conocimiento pleno, ayudar a promocionarlo como ser humano. Es la capacidad, la competencia y la aptitud humana las que se ponen al servicio del otro para ofrecerle toda la ayuda posible desde una actitud creadora y desde los más altos valores espirituales y morales que al otro pueda ofrecérsele.

Cada ser humano tiene siempre algo valioso que ofrecer, y si es desde su conciencia extática, es decir, desde ese salir de sí, para, sin reservas, elevarse al plano de la trascendencia para compartir con el otro su estado espiritual, ético y psicológico y enriquecerlo en esa relación interpersonal que conduce al

plano de los más altos ideales que un ser humano puede irradiar a través de sus formas de actuar, entonces, la conciencia será portadora de la verdad, el bien y la hermosura humanas que con una auténtica madurez un ser humano puede proporcionar a otro ser humano, que no es uno más por el hecho de ser hombre al estilo de un animal racional, sino fundamentalmente por ser más en cuanto *homo homini sacralitas*, es decir, como hombre que debe ser sacralidad para el hombre, porque llana y sencillamente es portador de la divina presencia constitutiva del Ser Absoluto.

Esta verdad es tan profunda, que es más que suficiente para, con sentimientos de admiración y júbilo, valorar en su más alta dignidad humana la presencia del otro.

En este orden, la lectura contribuye a enaltecer la potestad personal del prójimo, dado que el texto nos promueve experiencialmente hacia la consecución de una formación integral; pues el texto, al ser creado dentro de los cánones del más profundo amor y de sabiduría humanos, motiva al lector para, como decíamos en un artículo anterior, desde la conciencia del éxtasis, no sólo el lector exprese su íntima concepción de ser, sino que, desde esa actitud, renazca una visión bien formada sobre el complejo campo de la valoración ética, educativa, cultural y de compromiso personal que brota de las estructuras síquicas del ser humano. Por consiguiente, cuando somos conscientes de nuestra condición de lectores bien formados, podemos responsabilizarnos de nuestras acciones morales, comportamentales y espirituales (sicoética) que son las que nos otorgan la mayor riqueza para el fortalecimiento de nuestra personalidad.

La lectura, por lo tanto, antes que encasillarse sólo en el desarrollo de la intelectualidad, debe ser codificada interior y espiritualmente; por supuesto, abriendo nuestra inteligencia

para que la sabiduría del texto se convierta en un acto de amor, es decir, de promoción humana. Pues, no hay nada más enaltecedor que, desde la lectura, entender y valorar al prójimo en clave espiritual.

Leer para tomar en serio la presencia del otro, es proyectarnos hacia una acción fundante de una ética y de una psicología en la que el ser humano lector se fragua una forma de trato y de acercamiento al otro para, desde una personal conciencia extática, «ponerse a su disposición –como dice Fernando Rielo-, conocerlo, ayudarlo en sus necesidades espirituales, psicológicas, morales y sociales», es decir, desde una actitud sicoética.

LECTURA Y CIENCIA

*E*n la educación formal se aprende poca o mucha ciencia pero mal. A ello se suma que no sólo se aprende ciencia porque alguien la transmite en forma de conocimiento teórico en un salón de clase, sino fundamentalmente porque se aprende leyendo, y como estamos en una cultura de la superficialidad, en donde la mayoría de la gente rehuye de la práctica del pensamiento profundo, entonces, poco o nada se hace.

Si de los norteamericanos, que son los que generan la mayor cantidad del conocimiento científico, se dice que el 95% de la población son analfabetos científicos, qué decir de nuestra sociedad ecuatoriana y latinoamericana en general que no ha podido sumarse ni siquiera a la adquisición teórica de esos conocimientos elementales de la ciencia, peor aún a la creación y producción de un auténtico conocimiento científico.

Y como ni siquiera se lee la información que es de más fácil acceso, peor aún se lee ciencia que implica, en algunos casos, niveles más avanzados de lectura para que haya una real comprensión de esta disciplina apasionante y altamente comprometida con el desarrollo humano, y que para los estudiosos es una abierta manifestación de una gran sensación de prodigio.

El científico Carl Sagan asegura que las consecuencias del analfabetismo científico son mucho más peligrosas hoy en día que en cualquier otra época. El ciudadano común y corriente –nos dice– mantiene «su ignorancia sobre el calentamiento global, la reducción del ozono, la contaminación del aire, los residuos tóxicos y radioactivos, la lluvia ácida, la erosión del suelo, la deforestación tropical, el crecimiento exponencial de la población», entre otros aspectos que debilitan la educación formal que todo ciudadano debe tener para que a través de ellos aprenda a pensar mejor, y al hacerlo, a mejorar la calidad de vida personal y de la sociedad en general.

Como dice Carl Sagan: «La ciencia es un intento, en gran medida logrado, de entender el mundo, de conseguir un control de las cosas, de alcanzar el dominio de nosotros mismos, de designios hacia un camino seguro». En definitiva, el conocimiento auténtico de la ciencia nos hace más humanos, más hacendosos, más amantes de la vida; y, sobre todo, se llega a desarrollar el espíritu de investigación que es el que, a la postre, permitirá formar científicos.

En este orden, no cabe duda que la ciencia es una fuente de espiritualidad profunda, dado el esfuerzo permanente de investigación que los estudiosos ejercen en su diaria labor para desentrañar los secretos de la naturaleza a través de sus concepciones teóricas y experimentales que constantemente ponen en juego para demostrarnos toda la belleza y sutileza que la vida tiene.

Ser buenos lectores de ciencia es, entonces, nuestro deber, puesto que en el texto científico encontraremos la verdad, aunque no definitiva, sí aproximada de los aspectos más profundos de la naturaleza y su destino, de nuestra especie y de la vida en general. Cuántas falsas posturas, creencias arraigadas, supersticiones, arrogancias, intolerancia dogmática y posiciones

seudocientíficas e ignorancia a raudales distorsionan el camino de la ciencia, simplemente por no ser lectores o lectores poco formados para comprender cuánta luz nos puede dar la ciencia aún en medio de muchos misterios que le queda por resolver.

Enamorarse de la ciencia a través de la lectura, es enamorarse del mundo y, particularmente, de la vida humana, a la cual es necesario defender, porque todos salimos ganando.

¿CÓMO SE LEE UN TEXTO CIENTÍFICO?

*E*l libro siempre dialoga con el lector. Lo que pasa es que a veces no puede dialogar porque el lector no tiene los conocimientos y el cuidado previos que debe tener, dependiendo del tipo de texto que vaya a leer.

Este diálogo con el libro no es otro que un acto de conversación mental en el que el lector aprende de su interlocutor, es decir, del texto, a leer el mundo de manera razonada y crítica. Y así como en la vida cotidiana las personas en muchas ocasiones establecen diálogos infructuosos, sin condumio, sin sustancia, también «el lector no lector» mantiene una bajísima correspondencia con el texto cuando, por ejemplo, no entiende lo que lee.

Cada texto tiene sus propias líneas de acción y por ende de interpretación. Así, si se trata de un texto científico, el lector debe saber que su contenido no es definitivo, y que en ciencia no hay nada acabado, es decir, no hay verdades científicas eternas. La propia naturaleza de las ciencias es su provisionalidad. Y si bien es cierto que el texto científico describe definiciones razonadas, objetivas, concretas y verificables, en virtud de que son el resultado de una observación, análisis e

investigación lógica y juiciosa, el lector no puede asumir esas definiciones como acabadas e inmodificables, con mayor razón si la investigación o el fenómeno descubierto es en el ámbito de las ciencias sociales, en donde por la naturaleza misma de esta disciplina las definiciones son mucho más transitorias y provisionales. En las ciencias naturales sí se puede hablar de definiciones más acabadas, a veces dogmáticas y, por supuesto, con mayores limitaciones conceptuales. Las ciencias naturales son mucho más rigurosas en virtud de que sus realidades se orientan hacia la medición, dada la verificación que de los fenómenos del mundo, en esencia, esta disciplina exige.

Por lo tanto, dentro de las mismas ciencias, el lector debe aprender a establecer las diferencias y niveles de lectura que hay en cada disciplina científica. Debe saber, por ejemplo, que en las ciencias sociales no existen los conceptos puros, acabados, perfectos, aunque ambas ciencias, las sociales y las naturales, buscan confirmaciones y reafirmaciones de la realidad, desde luego, con un enfoque de perspectiva propio en cada disciplina. En todo caso, el lector debe saber que las conclusiones que cualquier clase de texto científico emite, son provisionales.

Claro que el lector que recién empieza a dialogar con el texto científico se preguntará que por qué las verdades y las definiciones no son acabadas, tal como sucede con los textos teológicos cuyas verdades son eternas, aespaciales y atemporales por convicción. Las verdades de los textos científicos no son eternas porque la investigación de los fenómenos sociales, naturales y físicos obedecen a que la «ciencia avanza por acumulación de conocimientos y/o por crisis», como sostiene Álvaro Agudelo. Las realidades y los fenómenos que se investiga son cambiantes; determinados fenómenos necesitan de una percepción mucho más refinada que otros, y los métodos con los que el investigador trabaja también difieren de una ciencia

a otra para extraer leyes y/o principios que luego de un tiempo quizá ya no son los más idóneos, debido a que por la misma necesidad de seguir investigando se arriban a conclusiones mucho más refinadas para verificar otras variantes sobre el fenómeno o problema de estudio.

Desde luego que, la lectura de textos científicos, como la de cualquier otro texto, no es para lectores profanos. Pues, si no hay un conocimiento previo y una motivación intrínseca, no habrá manera de dialogar con estos grandes amigos de la ciencia.

¿CÓMO SE LEE UN TEXTO FILOSÓFICO?

Para que un lector se adentre en la lectura de un texto filosófico debe tener una gran capacidad de asombro, de sorpresa, de curiosidad, y con una inquietante agitación mental para plantearse preguntas profundas en la misma medida en que lo hacen los niños.

La actitud del lector debe ser objetiva frente al texto, aunque los puntos de vista del autor sean subjetivos. Si el lector no se ubica en una perspectiva adecuada, en una especie de «limpieza mental», no podrá apreciar los postulados y puntos de vista del autor.

El lector debe saber que al filósofo no le preocupa el significado directo de las palabras; algunos términos tienen una significación especial que el lector tendrá que descubrirla paulatinamente en la medida en que se familiarice con las pautas y las ideas rectoras que estarán explícita o implícitamente en el texto. A veces el filósofo recurre a imágenes para ilustrar su postura intelectual frente a hechos que por su nivel de abstracción y de problematización, necesitan de respuestas concretas. Esta postura del filósofo sirve para sensibilizar al lector sobre los referentes y puntos de vista planteados en la obra.

Un escrito filosófico plantea un problema de manera sistemática para tratar de resolverlo, y utilizando términos que deben ser entendidos dentro de un contexto muy puntual; pues, dentro de ese contexto el autor presentará argumentos que deben ser leídos desde la óptica en que son presentados. En este orden, el lector debe tener una actitud desapasionada y objetiva. Y si bien es cierto que el texto filosófico ofrece al lector la posibilidad de la oposición, de la discusión y de la discrepancia, pero sólo en la medida en que el lector sepa retomar, y ante todo descubrir los puntos de apoyo del filósofo; es decir, el lector debe caminar, sin prejuicios, por el sendero que el filósofo ha trazado en su escrito para lograr su objetivo. Sólo así el lector podrá aceptar con cierta objetividad el problema planteado.

Ahora bien, si el lector no logra descubrir las ideas rectoras del escrito, pues nada tiene que hacer frente al texto. De ahí que se vuelve imprescindible y muy útil leer obras de otros filósofos que hayan tratado el mismo problema. Es necesario «escuchar» detenidamente cada texto, cada párrafo, cada línea, cada palabra, para luego sí poder obtener una opinión propia y poder juzgar el escrito.

De otra parte, el lector debe también comprender que la lectura de un texto filosófico le obliga a pensar, a tomar la lectura como un reto, en virtud de que este tipo de texto no es una obra de arte acabada. Si el lector ejerce a satisfacción el arte de pensar con rigor más allá del texto descubrirá que no siempre hay una satisfacción absoluta en el descubrimiento de los principios rectores de la obra. Su insatisfacción le obliga a establecer conexiones entre enunciados del mismo texto y de otros que haya leído para que pueda extraer sus propios argumentos con un cuidado tal que si logra, por su cuenta, descubrir plenamente las ideas que rigen al texto, no le será

difícil decidir si se adhiere o no a los enunciados o principios propuestos en el escrito.

Si el lector ha leído debidamente una obra filosófica, su responsabilidad mayor consiste en formarse su propia opinión: esa es la mejor cosecha que como lector se puede extraer. Debe recordarse que una buena obra filosófica no es un tratado científico ni demagógico. Su interés se centra en explicar la naturaleza de las cosas a través de argumentos y de abstracciones que tratan de llegar hasta las causas últimas de los fenómenos.

LA LECTURA DE LIBROS DE CIENCIAS SOCIALES

Aunque no hay una sola manera para leer bien, no hay mejor método que el que uno mismo se va labrando, hasta llegar a ser plenamente uno mismo, a fuerza de querer leer bien y con pasión en el ámbito que sea de nuestro mejor interés.

En el caso de las ciencias sociales, disciplina que, fundamentalmente, comprende algunos campos: antropología, economía, política, sociología, historia y sicología, exige un estilo de escritura expositivo un poco parecido al de la literatura, es decir, de carácter narrativo, lo cual, aparentemente, presenta una cierta facilidad de lectura.

Las ciencias sociales no son disciplinas ortodoxas; por lo tanto, la actitud del lector no debe ser «canónica» en cuanto implique que su lectura deba ser asumida con suma reverencia. Una actitud ortodoxa le exige al lector extraer una sola opinión correcta y acabada; no hay, en este caso, sino un solo sentido para descubrir la verdad del texto.

La lectura ortodoxa no corre para las ciencias sociales en virtud de que su campo de acción se enmarca en el género ensayístico mixto; en consecuencia, basta partir de este hecho para comprender que su lectura no es tan fácil; pues, el autor

tendrá opiniones y puntos de vista sobre un tema que el lector a veces no comparte; o, porque, por ejemplo, si se trata de definir o de cuestionar aspectos de la economía o de la política nacional, el lector puede llegar a cuestionar la terminología y el enfoque empleados por el autor. El científico social, el especialista o ensayista escritor sabe que la disciplina que maneja no es una ciencia pura como puede ser la matemática, la física, la química o las ciencias naturales. Las ciencias sociales mezclan ciencia, filosofía, historia, y en algunos casos hasta se sirven de la ficción. El caso de la historia, por ejemplo, se mueve entre la ciencia y la ficción; el lector, por lo tanto, debe ser consciente de este hecho.

Frente a esta mezcla de disciplinas, que le son casi inevitables a las ciencias sociales –pues, se diría que esa es su naturaleza–, el lector debe preguntarse continuamente la clase de libro que está leyendo. Debe ponerse en la perspectiva de enfrentar al libro desde la óptica de saber identificar todos los hilos y los vericuetos que contiene el texto. Pueda que el punto de estudio sea uno solo pero los problemas que le atañen a esa temática son varios; la tarea, radica, entonces, en identificar y unir los hilos que componen el asunto motivo de la lectura.

El lector debe saber que si no está de acuerdo con el autor, al menos, en ese largo camino que hay que recorrer para llegar a la comprensión del texto, le queda la esperanza de llegar a un entendimiento común de los términos, proposiciones y argumentos que el autor maneja. Sobre todo, el enfoque y las conclusiones no siempre convencen al buen lector, inclusive así se trate de un buen libro.

Desde luego que, la tarea para saber si estamos frente a un buen libro, sólo le es posible al lector que tiene la costumbre de leer varios libros sobre el tema. Y en las ciencias sociales esta realidad es inevitable dada la amplitud que esta disciplina

tiene y el grado de complejidad que por naturaleza le es inherente. De ahí que no existe obra con la suficiente autoridad, por versado que un autor sea, como para que nos impida acudir a la lectura de otras obras. A las ciencias sociales siempre les resultará difícil verter concepciones definitivas; y de esta realidad, tanto el autor como el lector, deben estar siempre conscientes.

LA LECTURA DE DICCIONARIOS Y ENCICLOPEDIAS

Los diccionarios y las enciclopedias, que son los que más repletos están de conocimientos, son libros especiales, de lectura extrínseca, que, para hacer un buen uso de ellos, hay que saber leerlos.

El diccionario no es un mero libro de consulta; es, ante todo, un instrumento educativo, independientemente de cómo esté elaborado. En él, aparte de una simple intención para verificar la ortografía, la fonética y el significado de una palabra, al lector debe preocuparle el interés por el progreso en su educación; por lo tanto, debe haber una intención fundamental: saber que el diccionario es una ayuda para leer libros cuyo vocabulario no es, a veces o en muchos de los casos, el más asequible para el lector.

Sin embargo, por complicado que un texto sea en su lectura con respecto al vocabulario, no es aconsejable sentarse —como dicen Mortimer Adler y Charles van Doren— con el libro en una mano y el diccionario en la otra. Resulta que por buscar demasiadas palabras, se puede perder el hilo de la unidad y el orden del texto en estudio. Es conveniente que en el transcurso de una primera lectura de un buen libro, se lo lea casi sin acudir al diccionario; pues, el sentido del texto, cuando se

es un lector atento, y el sentido común del lector, lo llevarán de la mano hacia una comprensión general. Sólo cuando nos topemos con una palabra técnica o totalmente desconocida, se debe acudir al diccionario.

Tampoco se debe acudir al diccionario para plantear argumentos sobre algún asunto específico, a través de citas y citas, por más sabiduría que en él haya. El diccionario no es una fuente definitiva de información, por más autoridad que un lexicógrafo tenga en el uso de las palabras. Las palabras son signos que tienen múltiples significados y que se relacionan de diversas maneras. Y sobre todo porque, según su convencionalismo, cada palabra tiene su historia y una trayectoria cultural y geográfica que, con en el transcurso del tiempo, experimenta ciertas transformaciones.

Otra norma negativa consiste en digerir todo el diccionario, palabra por palabra –para, según se cree o por pedantería intelectual– enriquecer el vocabulario personal memorizando una enorme cantidad de información. Este ejercicio no tiene ningún sentido si las palabras consultadas no guardan ninguna relación con alguna experiencia real y concreta del lector.

Insistimos en la utilidad del diccionario como una obra de autoayuda y no de erudición. Cómo encontrar una respuesta adecuada, a qué debemos prestar más atención y cómo interpretar los diversos símbolos dentro de la unidad del discurso, es lo que importa a la hora de utilizar debidamente un diccionario.

La enciclopedia también es otro instrumento educativo y no sólo informativo. Y, al igual que el diccionario, su lectura es extrínseca, puesto que nos ofrece una serie de hechos en relación con otros. Y la comprensión que ella nos pueda brindar dependerá de cómo el lector esté en condiciones de conocer tales relaciones.

El lector debe saber también que, por más que un tema de consulta sea importante, no estará íntegro en la enciclopedia; ella no contiene argumentos (salvo en ciertos casos), sino datos sobre el orden y distribución del conocimiento que, por una u otra razón, son limitados. Por lo tanto, la enciclopedia no sirve para ir en busca de entendimiento, sino de hechos que requieren explicación. En ella se plantean hechos en cuanto proposiciones reales y no meras opiniones. Y cuando la enciclopedia vierte opiniones, éstas están provistas de apoyo y de sustentos teóricos que son el reflejo de la realidad.

Y como la enciclopedia tampoco es lectura de ensayo ni su contenido es acabado por más que acuda a hechos verdaderos, puesto que el conocimiento siempre es revalorado, observado e investigado permanentemente, el lector debe estar dispuesto a consultar más de una enciclopedia; y, si es posible, debe acudir a aquéllas que han sido escritas en diferentes épocas. Y sobre todo, que tenga la certeza de que aunque sepa cómo encontrar las respuestas, la enciclopedia, al igual que el diccionario, no tiene la última palabra.

BIBLIOGRAFÍA

- ADLER, Mortimer J. y DOREN Charles van: **Cómo leer un libro**, una guía clásica para mejorar la lectura, versión castellana de Flora Casas, segunda edición, Editorial Debate, Madrid, 2001.
- AGUDELO C., Álvaro: **¿Entendemos lo que leemos?**, San Pablo, Bogotá, 2002.
- BLOOM, Harold: **Cómo leer y por qué**, traducción de Marcelo Cohen, Ediciones Anagrama, Barcelona, 2002.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ECUATORIANA: **En camino hacia el reino de Dios**. Imprenta Don Bosco, Quito, 1996.
- CROATTO, José Severino : **Hermenéutica bíblica**, un libro que enseña a leer creativamente la Biblia, Ediciones Lumen, segunda edición, Buenos Aires, 1994.
- DOMAN, Glenn: **Cómo enseñar a leer a su bebé**, traducción de Arturo Tenacio Vara y Patrica Parrón, segunda edición, Editorial EDAF, Madrid, 2002.
- ÉGÜEZ, Iván: **La lectura. esa íntima batalla**, Colección Luna de papel, Campaña Nacional Eugenio espejo por el libro y la lectura, Quito, 2006
- HENRÍQUEZ UREÑA, Camila: **Invitación a la lectura**, Editorial Oveja Negra, Bogotá, 1998.
- KPHAN, Silvia Adela: **Disfrutar de la lectura**, Plaza & Janés Editores, S.A., Barcelona, 1999.
- LAROUSSE: **Cómo comprender un texto**, Larousse Editorial S.A., Barcelona, 1998.
- LOMAS PASTOR, Carmen: **Cómo hacer hijos lectores**, Ediciones Palabra, S.A., Colección Hacer Familia, Madrid, 2002.
- PACHÓN F., Luis Enrique: **Cómo leer un libro**, s/r.
- PENNAC, Daniel: **Como una novela**, traducción de Moisés Melo, La Pequeña Biblioteca, segunda edición, primera reimpresión, Grupo Editorial Norma, Bogotá, 1996.
- SALMON, Ángela Katiuska: **Múltiples formas de cultivar lectores y escritores autónomos**, Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión Mora, Quito, 2001.
- VARIOS autores: **Capítulo aparte**, revista sobre el tema de la lectura, Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura, número 1, 2, 3-4, 5, 6, 7, 8

Galo Guerrero Jiménez, (Catamayo, 1959).

Profesor universitario y

Doctor en Lengua Española y Literatura.

Ha publicado una docena de libros en el ámbito filosófico, literario y pedagógico, entre los que cabe señalar

"Empirismo, racionalismo e ilustración modernos",

"Antropología filosófica",

"Las ventajas de saber leer"

y el libro de cuentos

"El habitante de la noche".

Otros títulos de esta colección

- **Abdón Ubidia**
Lectura, credo y confesiones
- **José Antonio Cardoso**
Lectura y diseño
- **Iván Égüez**
La lectura, esa íntima batalla
- **Roberto Rubiano**
Alquimia de escritor
- **Guido Tamayo**
Cuarto creciente 40 cuentistas ecuatorianos (crítica)
- **Federico González Suárez**
La obra de Espejo
Carlos Pladines
Espejo y la lectura
- **Fabio Jurado**
El cuento en el aula
- **Renata Égüez**
Literatura y cine: lecturas paralelas

**Galo Guerrero Jiménez destaca a la lectura
como un acto lúdico, de alegría y satisfacción.
Da pautas para que padres de familia y maestros
analicen y escojan el tipo de lecturas,
de acuerdo a la edad de los lectores.**

**La lectura es la base de todo aprendizaje,
por tanto, dirigirla requiere de responsabilidad,
comprensión y afecto.**

**El autor define a la lectura "como un hecho íntimo y social",
en el que "el lector y el texto mantienen un largo ceremonial
de encuentro, de creatividad y de diálogo absoluto y permanente".**

**La comprensión del texto,
desarrollo de habilidades lectoras y creativas
se señalan como metas posibles de alcanzar en esta obra,
la misma que servirá de apoyo a los maestros en su búsqueda
de caminos para despertar y acrecentar el interés
constructivo y afectivo de los estudiantes hacia la lectura.**

Matilde Mora Witt

**¡Qué grato resulta leer esta obra, cuyas páginas son toda una
confesión de fe y amor a la lectura, por parte de un lector que se ha
convertido no sólo en mediador, sino en promotor de lo que piensa,
siente y vive!**

Francisco Delgado Santos

